

Miguel Ángel Pallarés
Esperanza Velasco



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-94 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco

Ilustraciones: Daniel Pérez, Biblioteca Nacional de España (Madrid),
Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza, Archivo
de la Diputación de Zaragoza, Patrimonio Diocesano de Zaragoza
y Biblioteca Universitaria de Zaragoza

I.S.B.N.: 84-95306-76-X

Depósito Legal: Z. 3279-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



<i>GOZEN LOS LETORES...</i>	5
LA IMPRENTA DE LOS INCUNABLES EN ARAGÓN	7
Una llegada silenciosa	7
En la muy noble e insigne ciudad de Zaragoza	9
De la nación alemana	13
Zaragoza, feudo de los Hurus	15
EL SIGLO DE COCI	27
La continuación del taller de los incunables	27
Sólo Coci	32
El taller de Pedro Hardouyn y sus herederos	36
Los sucesores de Jorge Coci	41
Otras oficinas zaragozanas de la segunda mitad del siglo XVI	48
Huesca y Épila en el siglo XVI	53
LA CONSOLIDACIÓN Y EL OCASO DE LA IMPRENTA MANUAL	56
La imprenta cesaraugustana	60
Ubicación de las imprentas	72
La imprenta oscense	73
EL SIGLO XIX: LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA IMPRENTA	79
Zaragoza	79
Huesca	81
Teruel	82
Las imprentas locales	83
LA IMPRENTA EN NUESTROS DÍAS	86
Bibliografía sucinta	91

En memoria de Luis Javier Rama Arregui

GOZEN LOS LETORES...



...de nuestros días, et los que vinieren, de bien tamaño como es el arte de la emprenta: porque parece una maravilla por Dios revelada para que bayan lumbré los ciegos de la ygnorancia. Pues muchos primero andavan turbados en las tiniebras por mengua de libros, no instruydos en la doctrina de los costumbres de la virtud, et mal enseñados en la muy sancta et sagrada scriptura: la qual bien saber es provechosa como necessaria. Et pueden agora sin mucho trabajo con pocos gastos haver tanta parte como el ingenio de cada uno tomar pudiere...

Así es como el tipógrafo Pablo Hurus, instalado en Zaragoza desde la década de los setenta del siglo XV, daba por finalizada una de las obras impresas en su taller, el *Libro de albeitería* de Manuel Díaz, el año 1495.

Hemos querido iniciar este ensayo con un colofón, contraviniendo los cánones bibliográficos, porque nos parece este texto paradigma de lo que supuso para los coetáneos la llegada de la imprenta, el novedoso avance técnico que reproducía de manera rápida los textos que, hasta ese momento, habían sido copiados de forma manual.

El nuevo invento fue un revolucionario factor de cambio que se convertiría muy pronto en un medio de difusión de conocimientos espléndido y masivo, y en un pode-

roso agente capaz de condicionar las ideas de la mayoría; su empleo facilitó la popularización de los textos, diversificó la producción, la ofreció de manera idéntica para todos los lectores y abarató sensiblemente el precio de los libros, haciendo que creciera el volumen medio de las bibliotecas y se ampliara el mercado del libro a una dimensión insospechada.

Gocen los lectores, pues, con este trabajo y vean cómo Aragón se introdujo para siempre en la Galaxia Gutenberg.



Portada del Memorial de crianza, de Gaspar de Tejada, libro impreso por Pedro Bernuz en Zaragoza en 1548

LA IMPRENTA DE LOS INCUNABLES EN ARAGÓN



UNA LLEGADA SILENCIOSA

La llegada de la imprenta a España en el siglo XV —con un retraso de décadas respecto a otras regiones europeas y por detrás de los primeros impresos, que habían aparecido en forma de estampas, libros y bulas— ha sido un capítulo muy atractivo para los investigadores, que han intentado desvelar el momento en el que el arte tipográfico comenzaba a producir sus frutos.

La información bibliográfica aportada por los colofones de los libros impresos, que dan fe de la existencia de talleres abiertos en las distintas ciudades, no se ha visto arropada muchas veces por la documentación precisa que contextualizara y situara esa industria, sobre todo en sus inicios, por lo que los maestros que trajeron el novedoso método a la Península son unos verdaderos desconocidos. Prácticamente nada es lo que sabemos de Mateo Flandro, que fue el primer estampador de un colofón completo en España en su impresión del *Manipulus curatorum*, libro que, por otra parte, y que sepamos, abre el periodo incunable en la capital de Aragón, con fecha del 15 de octubre de 1475. Y lo mismo sucede con Enrique Botel,



Página de Expositio super toto psalterio, de Juan de Torquemada, impreso en Zaragoza en 1482

cientos habían acercado hasta esta tierra estampas que se reproducían en las prensas extranjeras y se vendían sueltas como elementos devocionales y decorativos. Por ejemplo, en el verano de 1475, el alemán Hans Panizer estaba gestionando en Zaragoza la llegada desde Barcelona de cinco mil *paperes pintados de diversas ymagines*, seguramente impresos efímeros, de temática religiosa.

Juan Planck y Pablo Hurus en su primera etapa zaragozana; pequeños rastros documentales han levantado hipótesis y noticias más novedosas las han derribado, no sólo en esta ciudad, sino en todas, seguramente porque los historiadores no se resignan a ignorar el inicio de un periodo tan fundamental.

El libro impreso y el grabado se conocían en Aragón antes de que hubiera imprentas fijas en su solar, lo mismo que las bulas, ya que la Iglesia aprovechó con rapidez el nuevo avance técnico; los comerciantes habían

EN LA MUY NOBLE E INSIGNE CIUDAD DE ZARAGOZA

Zaragoza, en el último tercio del siglo XV, era la capital política de Aragón; en ella se ubicaban el palacio real de la Aljafería y la Diputación del Reino, y se celebraron Cortes esporádicamente. Además, era un centro cultural de cierta importancia, por su *Studium Artis*, y religioso de primer orden, con su sede arzobispal y la iglesia del Pilar.

En este periodo, la exportación de materias primas, como lana y trigo, y la distribución de los productos llegados por el Mediterráneo hacia los mercados del interior provocarían un notable despegue de la economía del país, y la ciudad del Ebro fue el centro de todo este movimiento. En la intersección de las redes mer-



*Xilografía del Arte de bien morir,
impreso atribuido al taller de Pablo
Hurus (1480-1484)*

cantiles que unían Cataluña, Valencia, Castilla y Francia; muy bien comunicada al gozar de una situación geográfica privilegiada —por vías tanto terrestres como fluviales, ya que dicho río, en esa época, era la arteria del comercio aragonés—, Zaragoza fue un foco de convergencia e irradiación de productos, lo que hacía de ella una ciudad muy atractiva para los comerciantes.

La decadencia de Cataluña como potencia económica en este final de la Edad Media hizo que la actividad mercantil basculara hacia las otras capitales de la Corona: Zaragoza y Valencia. Éstas se convirtieron en centros del comercio internacional, a los que acudían factores de las compañías italianas y alemanas, muy interesados en la compra de azafrán y lana. Por esta vía entraron los primeros impresos de Centroeuropa y también los impresores, ya que está demostrada la relación de muchos de estos artesanos con esas compañías; a la de Ravensburg, por ejemplo, habían pertenecido los hermanos Pablo y Juan Hurus, que luego instalarían su taller tipográfico en Zaragoza.

Los estudiosos han hallado estrechas relaciones entre la industria del papel y la del libro; el uso de ese soporte, más barato que el pergamino, facilitó la producción de ejemplares menos costosos y más ligeros. Zaragoza contaba con varios molinos papeleros en esa época, lo que se añadía a las buenas condiciones de la ciudad para que la labor impresora se llevase a cabo.

La fabricación de papel en Aragón

La producción de papel exigía gran cantidad de agua para hacer funcionar los mazos de los molinos y llevar a cabo los procesos de trituración y pudrimiento de las pastas; además, había que asegurar el abastecimiento de trapos viejos, por lo que los fabricantes se establecieron cerca de los centros urbanos.

Ambas circunstancias se daban en Zaragoza: poseía una tupida red de acequias en su término, en las que se habían instalado desde antiguo molinos harineros susceptibles de ser transformados en papeleros, y una población suficiente como para producir trapos en abundancia. Por otra parte, el hundimiento de la industria papelera en otros países de la Corona de Aragón hizo que se activara un foco en torno a Villanueva de Gállego en el último tercio del siglo XV.

El impulso de esta actividad vino de la mano de profesionales originarios de la república de Génova, que en esos momentos era un centro de primer orden en la producción de papel. Justamente en los años anteriores a la impresión del *Manipulus curatorum*, el primer libro estampado en Zaragoza, en 1475, estaban trabajando tres molinos gestionados por ligures en los alrededores de Villanueva: uno en el término de Mezalar y dos en el del Cascajo. Domingo Rolmán, Jaime Mirón, Juan Bosán, Benito Rescán y varios miembros de la familia Chabalín son algunos de los artesanos de ese origen que se han documentado; en la ciudad de Tarazona otro genovés, Tomás Guercos, explotaba otro molino papelero pocos años después.

Las resmas producidas en Aragón tuvieron salida en Castilla; también los impresores de Zaragoza utilizaron papel del país, aunque se sabe que además compraban de otras fábricas. Por ejemplo, cuando Jorge Coci vendió su taller, en 1537, tenía papel de los molinos locales y de Tarazona, pero también tenía de Génova, que era más caro por ser de mejor calidad. En 1571, en el taller de Ana Nájera —heredera de su padre, Bartolomé Nájera— se advirtió que la edición de un *Catecismo provechoso*, de fray Alonso Orozco, había de ser estampado en papel de Villanueva de Gállego.

Der Pappyrer.



Durante los dos siglos posteriores, los molinos de esta localidad no cesaron de trabajar para los impresores zaragozanos. En la primera mitad del XVII, los de Mezalar de Villanueva de Gállego estaban en manos de la familia Quintana. El impresor Pedro Cabarte contrató con Gabriel Quintana el papel de los *Fueros y Observancias del Reino de Aragón* publicados en 1624, cuya calidad era excelente.

El oficio de papelerero, según Jost Amman (Frankfurt, 1568)

DE LA NACIÓN ALEMANA

Los impresores del siglo XV, en su mayoría germanos, se apoyarían en la estructura comercial de las Compañías de ese origen y nunca perderían ese nexo, que les servía para abastecerse de materiales para su taller (letrerías —juegos completos de letras—, tacos xilográficos y papel), seguir en contacto con otros talleres alemanes o dar salida a sus libros. Salvo el primer tipógrafo documentado en Zaragoza, Mateo Flandro, del que tan poco sabemos y a quien se le supone origen belga, todos los que tuvieron taller en la capital de Aragón hasta la tercera década del siglo XVI (Enrique Botel, Juan Planck, Pablo y Juan Hurus, Lope Appentegger, Leonardo Hutz y Jorge Coci) fueron de aquella nacionalidad.

Antes de la irrupción de la imprenta, la más que notable demanda libraria zaragozana había sido cubierta por trabajadores locales o a través del comercio exterior; las necesidades no sólo de libros, sino de todos los componentes de escritorio que precisaba el nutrido número de notarios, juristas, estudiantes, clérigos y mercaderes de la ciudad, así como las instituciones públicas, serían servidos por librerías, ligadores de libros (encuadernadores), calígrafos y otros oficios afines.

La imprenta se instaló sobre esta estructura laboral local, que tendría que adaptarse a los cambios del mercado debidos al avance de los tórculos (prensas); la rapidez en la

producción y el abaratamiento de los costes no desbancó, en principio, la tarea manual en estos menesteres, sino que, por el contrario, ésta complementó al libro impreso: cantos dorados, iluminaciones y cuidadas encuadernaciones darían vida a los recién estampados incunables.

Es importante señalar aquí, por otra parte, que el comercio del libro en España, tanto en el siglo XV como en el siguiente, se nutrió de las ediciones importadas, sobre todo de Italia, Alemania y Francia.

Para hacerse una idea precisa de lo que supuso la producción del libro en otras ciudades europeas bastarán estos datos: mientras que en Zaragoza estaba funcionando en el periodo incunable un único taller, hacia 1500 había en Venecia 150 oficinas que se aprovechaban de las redes mercantiles ya consolidadas para distribuir su género, en París había sesenta imprentas y Lión tenía cuarenta; las ediciones que se conocen del siglo XV en la capital aragonesa se acercan al centenar, mientras que en Venecia superan los tres millares y medio. Hasta de Aragón recibieron encargos: dos breviarios zaragozanos y uno turiesonense fueron editados en la ciudad véneta antes del siglo XVI.

Se tiene noticia de algunos mercaderes europeos que estaban introduciendo libros en Zaragoza en grandes cantidades, entre ellos el saboyano Juan Macañán, en 1495, o el librero David Medici, de Tarbes, en 1528.

Libros importados

El francés David Medici vendía en Zaragoza, el 30 de julio de 1528, una carga de libros de distintas materias. Éste es el acto notarial, hasta ahora inédito:

[*Al margen:* Vendicion] Eadem die yo, Davit Medici, librero, natural de la ciudat de Tarba del condado de Vigorra, residente de presente en Caragoca, de grado etc. vendo a vos, el honorable ma[el]se Diego Ortiz, sastre, vezino de la ciudat de Caragoca, para vos y a los vuestros etc., a saber, es: una carga de libros de diversas facultades assi en gramatica como en poesia, theologia, filosofia, drecho canonico e civil, e d'otras qualesquiere facultades, los quales quiero aqui haver, et he, cada uno por su titulo y nombre nombrado especificado y designado, por precio de mil y cient sueldos jaqueses, etc.

El qual precio en mi poder atorgo haver recebido, etc.

[*Cláusulas de escatocolo y consignación de dos testigos: los escribientes Miguel Ciria y Matías Diesaro. Seguidamente, las firmas de éstos, de Medici y Ortiz.*]

(Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza, notario Juan Campi, año 1528, ff. 267v-268).

ZARAGOZA, FEUDO DE LOS HURUS

Tras el rápido paso de Mateo Flandro por Zaragoza, aparecieron en la ciudad dos impresores que habían trabajado antes en Barcelona: Enrique Botel y Pablo Hurus,

quienes publicarían unos Fueros de Aragón en 1477, el primer *corpus* legislativo propio de un reino impreso en España; la forma en que se costeó su edición constituye otra primicia en el campo de la financiación de esta industria, ya que fue abierta una suscripción, algo absolutamente novedoso.

La sociedad entre ambos impresores no debió de durar mucho, ya que se sabe que pronto Botel comenzó a trabajar en Lérida mientras que Hurus, en solitario, se comprometía en Calatayud a imprimir unas biblias en el año 1478.

Hasta que lo vendió en 1499, Pablo se mantuvo como único poseedor de un taller tipográfico en Zaragoza, a diferencia de otras grandes ciudades españolas de la época, como Barcelona, Valencia o Sevilla, que contaban con varias imprentas abiertas.

El establecimiento de Hurus en la capital aragonesa no supuso su desvinculación de la compañía mercantil de Ravensburg, de la que también eran partícipes sus hermanos Mauricio y Juan Hurus. A causas laborales relacionadas con esta empresa se debió el que Pablo emprendiese un viaje a su país dos años después, de donde volvió con nuevo material impresorio de tipos góticos, diferentes a los romanos usados hasta entonces en sus trabajos; y nuevamente viajaría a Alemania en los años 1483 y 1484, dejando a cargo de su empresa a Juan Planck, seguramente su peón de confianza.

**Capitulo .xv. del fijo del rey: 7 de sus
compañeros. E reza se dela diuina sentençia:
ala qual ninguno puede huyr.**

Marauilla me ha playado saber/dixo el rey a Ben
debar: a que deue el rey hazer mercedes 7 gr̃as
La uerria agoza mucho saber/ del hombre neçio
7 bouo/ puesto en alto lugar. 7 como la diuina
voluntad no se puede efcusar. 7 Respuso el philo-
sopho. Assi como no se pueua el hombre bien/si
no por la muger. assi el sauio no se conosce: sino
por el entendim̃to: el q̃l tiene principal origen
de dios. como se pueua en lo q̃ acabefcio al fijo Al rey cõ sus cõpañeros



Principio medio/
7 fin es dios: de to-
das las cosas.

Compañaron se quatro mãcebos dispuestos en vn camino
delos quales el vno era fijo de rey: el segũdo hijo de vn mer-
cader: el tercero era muy lindo/hijo de vn cauallero: el quar-
to era vn caminante/ o correo. 7 todos quatro eran tan po-
bres que ninguno dellos tenia otro/saluo sus vestiduras. 7 andando to-
dos por el camino: dixo el fijo del rey. veruaderamente todas las cosas
estãn ordenadas por la diuina bondad. dixo el fijo del mercader: el entẽ.

Los continuos desplazamientos de Pablo Hurus le facilitaban, además de seguros contactos con otros colegas europeos, la posibilidad de aplicar nuevas aportaciones técnicas y estéticas a la labor tipográfica; así, en su *Missale Caesaraugustanum*, impreso en la capital de Aragón en 1485, incluyó líneas de notación musical, algo que aún no había sido hecho por ninguna otra oficina en la Península.

De igual modo, el taller de Hurus se abasteció en Europa de tacos xilográficos utilizados en ediciones anteriores, sobre todo en Alemania, para sus trabajos en Zaragoza. Esas piezas serían retocadas en esta ciudad y servirían de inspiración a la producción autóctona de grabados; pero también se cortaron tacos originales, como las portadas xilográficas o los motivos heráldicos, entre ellos el famoso escudo del Reino impreso en la portada de la *Crónica de Aragón* en 1499.

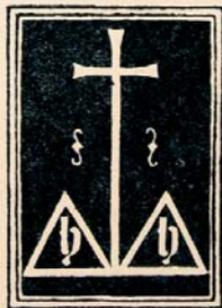
Verdaderamente, quien empezó a incluir xilografías con generosidad fue Juan Hurus, hermano de Pablo, que regentaría el taller zaragozano entre 1488 y 1490; fue también el que incluyó la novedad tipográfica de la marca de impresor, una cruz entre dos triángulos inspirada en la marca comercial utilizada por su familia, que imprimiría en las *Ordenanzas reales de Castilla* de Alfonso Díaz de Montalvo. Pablo conservó esa imagen en el centro de la suya particular, aunque adornada con dos leones y flanqueada por las figuras de San Sebastián y Santiago.

En sus *Fábulas* de Esopo, en 1489, Juan Hurus reutilizó más de doscientos tacos usados en ediciones anteriores de Augsburgo y Ulm; iniciaba así una constante bibliográfica de la imprenta zaragozana, ya que la profusión de figuras y su impecable estampa caracterizaron su producción, tanto a finales del siglo XV como en la primera parte del siguiente.

En las impresiones de Pablo Hurus del *Espejo de la vida humana*, de Rodrigo Sánchez de Arévalo, en 1491; de *Las mujeres ilustres*, de Juan Boccaccio, editado tres años después; o, sobre todo, en el *Viaje a Tierra Santa*, de Bernardo Breidenbach, de 1498, los grabados ilustrativos llegaron a ocupar un lugar tan explicativo como el del mensaje escrito. Este último libro, que cuenta con vistas panorámicas desplegadas de varias ciudades (basadas en dibujos realizados *in situ* en cada una de ellas), pasa por ser uno de los

Fue empretado este libro en la noble: y magnífica ciudad de zaragoça de aragon: por Joan Hurus alama de Constançia: en el año del nacimiento de nuestro señor: MDll. cccc. a. iij. de Junio.

Deo gracias



Marca del impresor Juan Hurus, estampada en 1490 en el libro de las Ordenanzas reales de Castilla, recopiladas por Alfonso Díaz de Montalvo



Portada xilográfica de la obra de Bernardo de Breidenbach, impresa por Pablo Hurus en Zaragoza en 1498

más maravillosos del periodo desde el punto de vista de las artes gráficas; Hurus utilizó y superó el número de xilografías de las primeras ediciones alemanas.

Pero no todas las imágenes que se imprimieron en Zaragoza fueron estampadas con tacos ya utilizados en otras oficinas europeas.

Sobre la *Cárcel de amor* impresa en Zaragoza en 1493

El Archivo Notarial de Zaragoza es, sin duda, el fondo documental que más noticias ha deparado para el conocimiento de la historia del arte tipográfico en Aragón desde sus inicios; contratos de impresión, firmas de sociedad y de aprendizaje, ventas de libros y escrituras cotidianas de los profesionales del libro han sido conservadas en sus protocolos durante siglos. La riqueza de este depósito no se limita a las meras noticias documentales, ya que también han aparecido restos impresos entre los papeles notariales, algunos realmente importantes, como es el caso que nos ocupa.

En los protocolos de Juan Longares jr., que trabajó en torno al año 1500, fueron recuperados restos impresos de cinco obras: cuatro eran, por la tipografía, incunables zaragozanos



Xilografía de la novela Cárcel de amor, de Diego de San Pedro, impresa en Zaragoza en 1493 (Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Zaragoza)

y la quinta, una pieza teatral no catalogada de López de Yanguas, de las primeras décadas del siglo XVI.

Al XV corresponden restos de ejemplares de las *Trescientas*, de Juan de Mena, y de las *Letras*, de Hernando del Pulgar, y de dos impresos inéditos: una gramática latina y la *Cárcel de amor*, obra no catalogada en ningún repertorio bibliográfico; todos salieron de las prensas de Pablo Hurus.

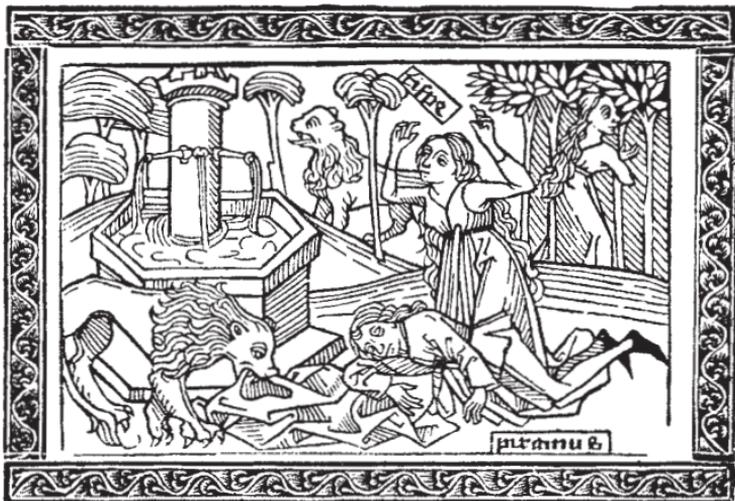
La *Cárcel de amor*, novela de Diego de San Pedro, había sido acabada en Zaragoza el 3 de junio de 1493 con un aparato gráfico que la convierte en uno de los más felices hallazgos bibliográficos en lo que a ilustración del siglo XV se refiere; el texto está salpicado de xilografías no utilizadas con anterioridad y de las que se conocen copias inmediatas, de las ediciones de la misma obra en Barcelona (en septiembre de 1493) y en Burgos (en octubre de 1496). Estos modelos se mantenían, durante mucho tiempo, en posteriores impresiones.

Las ilustraciones son novedosas, de aire italianizante y, aunque mantienen resabios góticos, intentan crear espacios y perspectivas con más o menos fortuna; el tallador siguió en su composición literalmente el texto de la obra de San Pedro, como se advierte en el caso de la estampa alegórica del edificio de la cárcel, un extraordinario ejemplo de lo que aquí tratamos. Los tacos fueron diseñados ex profeso para la edición de Zaragoza, aunque no se sabe si por alguien del propio taller de Hurus o, quizás, por un *maestro de tallar moldes de ymagines*, Tomás Ubert, que en esos momentos estaba asentado en la ciudad.

Pablo Hurus supo manejarse socialmente con habilidad, ya que gozó de los privilegios de la ciudadanía zaragozana y obtuvo el respaldo personal del arzobispo de la diócesis, Alonso de Aragón, quien daría trabajo a su taller en varias ocasiones. En su empresa también supo rodearse el impresor de colaboradores aragoneses de una gran efectividad intelectual; tanto Andrés Eli como Martínez de Ampíes y, sobre todo, el jurista Gonzalo García de Santa María abastecieron su oficina de originales, le corrigieron textos y le facilitaron traducciones del latín o el catalán.

Uno de los ases comerciales de Hurus sería, precisamente, la traducción de textos, sobre todo de autores latinos; éstos, con el arranque del humanismo, eran demandados por los lectores, que de este modo gozaban de la belleza y profundidad de la cultura antigua sin necesidad de esforzarse en el estudio de las lenguas muertas. Comercialmente acertadas, las traducciones se publicaban con portadas que así lo anunciaban, como *El Salustio Cathilinario, e Iugurtha en romançe* impreso por Pablo Hurus en 1493.

La traducción de un libro para ser editada ampliaba de inmediato el mercado de lectores; el latín, que había sido el vehículo de transmisión de la cultura durante toda la Edad Media, iba a resentirse progresivamente del empuje que las prensas dieron a las lenguas romances hispanas, sobre todo al castellano, aunque seguirían durante mucho tiempo siendo mayoritarias las ediciones en la del Lacio.



*Xilografía de la obra de Juan de Boccaccio De las mujeres ilustres,
impresa por Pablo Hurus en Zaragoza en 1494*

De hecho, ésta se siguió estudiando en las escuelas; el mismo Pablo Hurus publicó, por lo menos, dos gramáticas latinas, el *Perutile grammaticale compendium*, de Daniel Sisón, maestro del Estudio Montisonense, y un manual del latinista Donato encargado por el propio Sisón.

Aunque los impresos más numerosos del taller de Hurus fueron los de temas litúrgicos y religiosos, tuvieron muy buena salida, asimismo, las ediciones de fueros; los libros de contenido jurídico, sin embargo, vinieron mayoritariamente de Europa.

También la literatura tuvo cabida en las prensas zaragozanas, superando incluso la producción media peninsular de libros de este tipo; la clientela aragonesa (y también la castellana) respondía a la oferta de lectura lúdica que proporcionaban las ediciones de libros poéticos y de cancioneros, como los de Íñigo López de Mendoza, Juan de Mena y Ramón de Llabia, o novelas como la citada *Cárcel de amor*; además de recibir positivamente otros libros de estudio, de utilidad en círculos pedagógicos y académicos, como el *Catón en latín y en romance*, de Gonzalo García de Santa María, o diversas ediciones narrativas, como las fábulas de Esopo o el *Exemplario contra los engaños del mundo*.

La imprenta de Híjar, el otro taller aragonés del siglo XV

La existencia de una oficina tipográfica en Híjar en el siglo XV no deja de ser un dato curioso, ya que por entonces era una localidad rural más del reino de Aragón; si a esto añadimos que gran parte de la producción que salió de sus prensas lo fue en caracteres hebreos, resulta que Híjar es una verdadera joya dentro del conjunto de la historia del libro antiguo español.

Desgraciadamente, no se dispone de documentación que pudiera aclarar las razones por las que varios impresores decidieron instalarse temporalmente a orillas del río Martín; siendo como era esta villa un lugar de señorío, se ha conjeturado la posibilidad de que estuvieran trabajando bajo la protección de los duques de Híjar.

Parece que el primer libro impreso en esta localidad fue el *Deuteronomio*, publicado por Abraham Maimon Zanete en 1482. Años después, de 1485 a 1490, mantendría taller abierto Eliezer ben Abraham Alantansi, quien sacaría a la luz cinco obras hebreas, seguramente costeadas por Solomon ben Maimon Zalmati; de hecho, el escudo de editor de éste, con el león rampante, consta en una de ellas: *Tur orah hayim* (Sendero de la vida).

Solomon había formado una sociedad impresora en Valencia, con Alfonso Fernández de Córdoba, en 1483; años después volverían a coincidir en Híjar, donde el segundo estuvo trabajando en los años 1487 y siguientes. Aquí, Fernández publicó varias obras, entre las que se cuentan un *Manuale sacramentorum*, de la diócesis cesaraugustana, y unas ordenanzas de la Santa Hermandad; no se sabe con seguridad si mantenía oficina distinta a la de su colega Alantansi o si la compartían.



Fragmento de una página de *Tur orah hayim*, de Jacob ben Asber, obra impresa por Eliezer ben Abraham Alantansi en Híjar, en 1485. El escudo con el león rampante es la marca del editor Solomon ben Maimon Zalmati

EL SIGLO DE COCI



Koch era el apellido del impresor alemán Jorge, natural de Constanza; aquí se le conoció como Coci, que en aragonés quiere decir tinaja o cuenco de tierra cocida.

Llamamos el siglo de Coci al XVI porque su figura cubre la bibliografía de Zaragoza en su primera mitad, mientras que sus sucesores abarcan prácticamente la segunda; en esta ciudad Jorge no tendría competencia hasta 1528, año en que instaló su taller el francés Pedro Hardouyn.

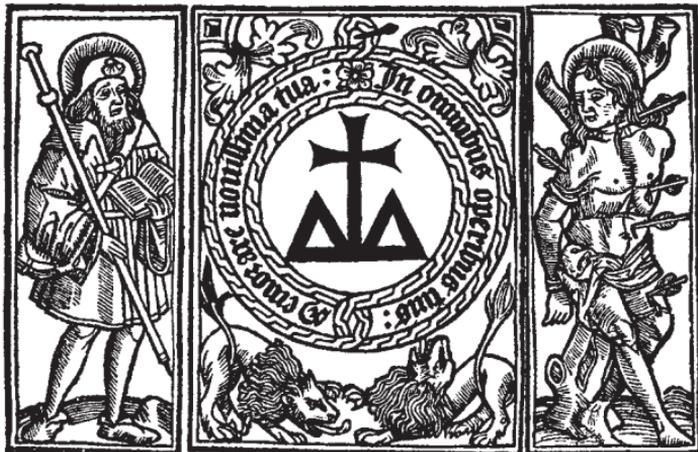
Hasta las últimas décadas de esta centuria no aparecieron colofones estampados en ninguna otra localidad aragonesa que no fuera la capital del Reino.

LA CONTINUACIÓN DEL TALLER DE LOS INCUNABLES

El 21 de marzo de 1499, Lope Appentegger, Leonardo Hutz y Jorge Coci compraron la imprenta a Pablo Hurus por 450 florines de Aragón, que se habían de pagar en cuatro plazos anuales en la ciudad alemana de Constanza. Hurus volvía así a su tierra natal, donde se sabe que aún llegó a ocupar cargos municipales.

El inicio de la producción de los nuevos dueños de la imprenta zaragozana muestra una total continuidad técnica respecto de la anterior. Hutz había trabajado en imprentas de Valencia y Salamanca, y los otros dos socios han sido considerados, tradicionalmente, vinculados al taller de Hurus; Appentegger, además, era sobrino carnal de Pablo.

La sociedad, que había de mantenerse durante unos pocos años, hizo uso de los tipos y grabados que Hurus había utilizado e, incluso, de su marca de impresor; Pablo, además, les dejó apalabrados dos encargos: la *Crónica de Aragón* (aunque el nombre que aparece en el colofón es el



Marca de impresor de Pablo Hurus, estampada en el *Compendio de la salud humana*, de Johannes de Ketbam, en 1494

de Hurus) y un breviario de Santa Engracia. Los nuevos empresarios aprovecharon, además, el tirón comercial de varias impresiones recientes de Pablo y las volvieron a editar inmediatamente; es el caso del *Libro de albeitería*, de Manuel Díaz, impreso en octubre de 1499, o el de un libro de horas, *Officia quotidiana*, de un año después.

La sociedad de los tres alemanes parece que fue corta: en el colofón de *Summula pauperum*, del 1 de febrero de 1503, sólo aparecen Coci y Hutz. Un año más tarde, ambos estamparon sus nombres conjuntamente por última vez, en el *Passionarius*.



*Marca de impresor de Jorge Coci estampada en
De primis Aragoniae regibus en 1509*



*Xilografía coloreada de Officia quotidiana, libro impreso en Zaragoza en 1500
(Biblioteca Nacional de Madrid)*

La localización de los primeros talleres tipográficos en Zaragoza

A diferencia de los libreros, que se sabe que tendieron a agruparse en las calles Cuchillería y adyacentes, cerca de la Diputación del Reino y de la Seo, sobre los primeros impresores que trabajaron en la capital de Aragón apenas hay rastros documentales, por lo que no es posible, por ejemplo, situar en un mapa de la ciudad medieval las oficinas de Mateo Flandro o de Enrique Botel.

El edificio donde estaban instaladas las prensas de Pablo Hurus fue señalado en el fogaje de Zaragoza de 1495; consta exactamente, en la parroquia de San Gil, como *la casa de l'amprenta*. Aunque el entramado urbano del siglo XV, tan tortuoso, no coincide ni remotamente con el actual, teniendo en cuenta los datos de ese censo y los de escrituras notariales relacionadas con los inmuebles que se erguían en dicho distrito en esa época, pensamos que el taller de los Hurus se situaría aproximadamente en la zona donde ahora está la plaza de José Sinués, entre las actuales calles de Don Jaime I y de San Andrés.

En esa casa trabajarían después los tres socios que compraron la imprenta a Pablo Hurus: Coci, Hutz y Appentegger, y sería el primero de ellos el que trasladara la empresa a principios del siglo XVI, ya como único propietario, a un callizo de la parroquia de San Miguel, que luego acabaría siendo conocido como el de la Imprenta.

Paradójicamente, en la actualidad dicha calle se llama del impresor Mateo Flandro y a Jorge Coci se le dedicó otra vía que no tiene ninguna relación con la historia de la tipografía en Zaragoza. Los hermanos Hurus, que tanto lustre dieron al nombre de la ciudad en el mundo del libro antiguo, no gozan de ese honor, nada hay en su espacio urbano que perpetúe su memoria pública.

SÓLO COCI

A partir de 1504, Jorge Coci iniciaría una brillantísima carrera en solitario que lo había de colocar entre los mejores impresores que trabajaron en España en el siglo XVI; su taller publicó, hasta la venta de sus prensas a Bartolomé de Nájera y Pedro Bernuz en 1537 y 1539, más de doscientas cincuenta obras de un gusto estético sobresaliente. La cantidad de recursos técnicos y decorativos empleados, la profusión de grabados y capitales ornamentadas, el uso de varias tintas, así como la calidad de contraste, que realizaba la belleza del impreso, convirtieron sus libros en verdaderas obras de arte.

Los temas de los impresos de Coci durante los primeros años del siglo fueron los mismos que trató Hurus. La iglesia fue un constante activador de sus prensas: imprimió abundantes breviarios y libros litúrgicos para las diócesis aragonesas y trabajó también para las de Valencia, Lérida, Solsona, Cartagena, Seo de Urgel y Burgos.

La producción de Coci fue variada: cancioneros como los de Juan de Luzón, Juan de Mena y Juan del Encina; novedades literarias como la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro, *La Celestina* de Fernando de Rojas y el *Amadís de Gaula*; obras clásicas, como *Opera* de Virgilio y sus traducciones, o *La filosofía moral* de Aristóteles; trabajos relacionados con los círculos estudiantiles (Antonio Nebrija, Juan Sobrarias); reediciones de autores suficientemente conocidos (Andrés Eli, Juan de Capua); ediciones de temas



*Xilografía de las Décadas, de Tito Livio, obra impresa
por Jorge Coci en Zaragoza en 1520*

jurídicos aragoneses, de una amplia clientela (Miguel del Molino, *Fori Aragonum*); libros de tema histórico, entre los que destacaría el encargo de la Diputación de Aragón para imprimir la obra *De primis Aragonie regibus*, de Lucio Maríneo Sículo, en 1509; libros teológicos y devocionales, etc.

Coci siguió utilizando los tacos xilográficos de Hurus y también se abasteció de otros ya empleados en Europa, aunque novedosos en Zaragoza, como hizo con los que escogió para la edición, en 1520, de las *Décadas*, de Tito Livio, que ya habían sido usados en Maguncia en 1505, y con otros del impresor Johan Koberger.

La portada xilográfica de las *Décadas* de Livio, un escudo de Carlos V, fue sobreimpresa en rojo, amarillo y verde; se trataba de un experimento que buscaba la policromía y que tuvo mejor resultado en la portada de *Flos Sanctorum*, impreso por Coci muy poco después, en la que se utilizaron cinco colores. Este libro, en letra gótica en rojo y negro, volvería a ser editado en el mismo taller en 1544.

Coci acudió con su mercancía a las ferias de Medina del Campo, León y Valencia apoyándose en factores librerías; el volumen de su negocio parece que se resintió cuando estableció su oficina en Zaragoza el francés Pedro Hardouyn.

Uno de los procuradores de Coci, Bartolomé de Nájera, compró al alemán la tienda de libros que tenía en la calle Botigas Hondas de la capital aragonesa en 1536 y, al año



Flos sanctorum.

La vida de nro señor iesu cristo:
7 de su scñissima madre: 7 d'los otros scñs: segū la ordē de sus fiestas.

siguiente, medio taller; el otro medio acabaría pasando, en 1539, a manos de Pedro Bernuz. Estos impresores continuaron el trabajo de la oficina, con toda su letrería, material, marcas, etc.; primero en sociedad, de 1540 a 1546, y después por separado.

El impresor Jorge Coci fue enterrado hacia 1546 en el monasterio de Santa Engracia, donde se había hecho construir una capilla; dicho edificio fue volado en el verano de 1808 por los franceses.

EL TALLER DE PEDRO HARDOUYN Y SUS HEREDEROS

El francés Hardouyn fue el único impresor que osó entrar en el coto tipográfico zaragozano de Jorge Coci e instalar un taller, que ubicó en la calle de la Frenería, muy cerca de la Seo. Aquí trabajó de 1528 a 1536, año en que murió. Quizás pariente de los impresores parisinos de su mismo apellido, Hardouyn mantuvo relaciones profesionales con la ciudad de Lión, que por entonces era un núcleo editorial europeo importantísimo; se le considera el introductor en España del grabador Juan de Vingles, hijo del impresor lionés Jean de Vingle, de quien aparecen muchas firmas en sus ediciones, con las letras "I. V."

Hardouyn publicó varias obras del filósofo Gaspar Lax, maestro mayor del Estudio de Artes de Zaragoza, que eran

muy demandadas en círculos intelectuales y académicos, menos exigentes en el acabado de los libros que los eclesiásticos. También abrió en dicha ciudad una línea de bajo coste editorial que ofertó a los lectores obras de literatura, sobre todo teatrales; su naturaleza tipográfica, al ser de formato menor y de pocas hojas con grabaditos reutilizados, así como su tema y su precio, las hicieron ser obras de una gran divulgación. Puede que Hardouyn se inspirara en los *canards* lioneses y parisinos, publicaciones en forma de folleto, muy en boga en el mercado europeo en ese momento.

Cuando murió este impresor, en 1536, su viuda, Juana Millán, continuó la labor tipográfica del taller en solitario hasta que su nuevo marido, Diego Hernández, tomó la dirección de la empresa; al morir éste, en 1549, la Millán volvía a aparecer nominada en el colofón de *Pars meridionalis*, de fray Francisco de Osuna, y en dos libros más. Al año siguiente le sustituiría en el taller su hermano Agustín Millán, en cuya producción hay que destacar la *Historia general de las Indias*, de López de Gomara, en 1552. El taller, en 1564, quedó en manos de su hijo Juan Millán, que permaneció en activo hasta 1579, en un proceso de continuidad de la oficina paralelo al de la otra imprenta zaragozana, la de Jorge Coci.

El material de Juan Millán aún sería ese año arrendado por el impresor Juan Soler, que trabajó con él hasta 1584.

Un contrato para imprimir obras de Gaspar Lax

El seguimiento exhaustivo de la labor de una imprenta, en los primeros tiempos del arte tipográfico, es imposible de realizar porque las lagunas documentales son muy grandes y muchas de las publicaciones han desaparecido, sobre todo las más efímeras o las que, por sus contenidos, fueron más manoseadas, como los manuales y libros escolares.

Transcribimos aquí un contrato inédito entre Pedro Hardouyn y Gaspar Lax, como muestra de la información que un documento notarial puede deparar; el impresor, que incluso tendría problemas con la justicia en 1533 por editar bulas falsas del monasterio zaragozano de San Lamberto, aseguró con la publicación de obras del filósofo Lax una importante entrada de ingresos gracias a las ventas de ejemplares entre el alumnado local.

Gaspar encargó la reproducción de dos de sus obras el 1 de agosto de 1528, lo que el impresor, que aparece en el contrato como librero, llevó a cabo en pocos meses: la *Summa oppositionum* (conocida por *Summa parvorum logicalium*) fue terminada el 2 de octubre de ese año y la *Summa syllogismorum* se acabaría el día de Nochebuena.

[Al margen: Concordia]

[Protocolo inicial; sigue el contrato:]

Que el dicho maestre Pedro prometio y se obligo de empremir dos libros, llamados el uno *Suma oppositionum in generali et in speciali predicti magistri*, el otro *Suma silugismorum eiusdem*, de tal

Magistri Gasparis Lax
Summa syllogismorum ipsi
foeliciter incipit.



TRACTATUM syllogismorum alias
diffuse in luce emis-
sum iam brevius absoluta difficultates illic
tractas resolutione pertractado consili or-
dine servato. Primo cum terminorum huius
materie diffinitiones et earum intellectio-
nes assignabo. Secundo principia regulativa syllogismo-
rum et regulas generales omnibus figuris et modis. Ter-
tio conditiones ut in pluribus in syllogismis servandas.
Quarto de qualis figura in speciali et eius modis per-
tractabo. Quinto de syllogismis expositivis. Ulti-
mo de modis syllogizandi in terminis divinis.



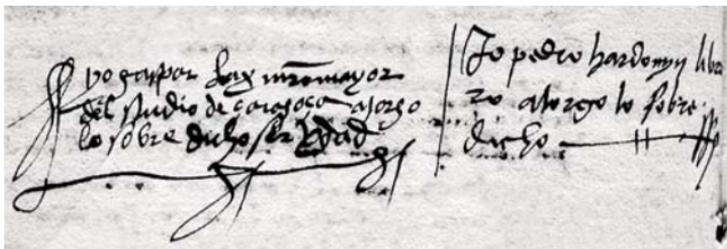
Et antequam
ad propositum principia-
le deveniam et possim
brevis loquor suppono.
Primo quod in toto isto
libro per quam bonam
simpliciter solum et per quam
tenere simpliciter intelli-
gam quam bonam de for-
ma acceptiois termi-
norum et per propositum im-
possibile simpliciter pro-
ponere

Detalle de Summa syllogismorum, de Gaspar Lax, obra que Pedro Hardouyn acabó de imprimir en Zaragoza el día 24 de diciembre de 1528 (Biblioteca Universitaria de Zaragoza)

suerte que cada dia de hazienda ha de empremir medio plego, quitado legitimo impedimento, y ha de empremir quinientos libros complidos; y ninguno de los sobredichos libros ha de empremir para si ni para otro durante la dicha impresion, por precio de tres florines de oro por cada [barreado] raxma de paper impremida, y el paper y todas las costas, exciptado hun corrector que ha de dar el dicho señor maestre Lax, han d'estar a costas del dicho maestre Pedro.

Y el dicho señor maestre Lax prometio y se obligo dar al dicho maeste Pedro dar [sic] al principio de la obra venyte [sic] ducados por principio de paga, los quales le dio y libró en presencia mia y de los testimonios infrascriptos, y el dicho maestre Pedro atorgo aquellos haver recebido; y mas prometio el dicho señor maestre Lax dar al dicho maestre Pedro quando hubiere impremido diez raxmas de paper de los sobredichos libros otros vinte ducados, y de la misma forma asta fin de pago de vinte en vinte ducados, etc.

[Cláusulas de escatocolo y consignación de dos testigos: los estudiantes Miguel Lorda y Miguel Navarro. Seguidamente, las firmas de éstos, de Lax y Hardouyn]

A photograph of a handwritten document in black ink on aged paper. The text is written in a cursive script. On the left side, there is a large, stylized signature that appears to be 'Lax' or 'Lax Hardouyn'. To the right of the signature, there is a vertical line, and to the right of that line, there is more text: 'Yo Pedro Hardouyn libro' and '20 de mayo de 1528'. Below this, there is another signature that looks like 'Lax' and some other illegible text.

(Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza, notario Pedro Bernuz, año 1528, ff. 194-194v)

LOS SUCESORES DE JORGE COCI

Las imprentas de la segunda mitad del siglo XVI, en Zaragoza, se multiplicaron en número; la competencia, tanto local como foránea, hizo que se buscara el bajo costo editorial, con lo que se vio perjudicada la calidad de los impresos. Influyeron en ello una peor calidad del soporte (al degenerar el papel) y la industrialización del estampa-do, con un uso de tipos y grabados cada vez más gastados y variopintos, una acumulación de motivos ornamentales y el abandono de formas ya consagradas, por costosas.

Durante este tiempo se generalizó el uso de los tipos redondos, sobre todo en las publicaciones cuidadas, en perjuicio de los góticos, tan utilizados en el periodo anterior; la letra de tortis (caracteres góticos usados en España), con tipos gastados y estampados defectuosos, quedó relegada a otro tipo de impresiones, como las de pliegos sueltos o romances.

Una cuestión social que se debe destacar, aunque repetida en todos los gremios, es la endogamia existente entre los miembros de las distintas ramas de producción y distribución del libro.

Los Nájera

Se ha aludido antes a que el librero Bartolomé de Nájera dio el salto a la empresa tipográfica al comprar medio taller

de Coci en 1537. Desde 1540 hasta 1546, Nájera imprimiría en compañía de Pedro Bernuz, quien, como también se dijo, había adquirido la otra parte de la oficina del alemán; ambos nombres constan en los colofones de sus libros, añadiendo a veces la indicación “en la oficina de Jorge Coci”.



Portada de una obra de Jorge de Montemayor, impresa por la viuda de Bartolomé de Nájera en 1570

A partir de 1547, Nájera imprimirá en solitario. Algunas de sus obras más destacadas son la *Ortographia practica*, del calígrafo Juan de Icíar, de 1548; o el *Exemplario contra los engaños del mundo*, del año anterior, que ya había sido impreso en Zaragoza en el periodo incunable.

Bartolomé casó con María Solorzano, hermana del librero Miguel Solorzano; ésta administrará el taller cuando muera el impresor, hacia 1556; los colofones en los que aparece, siempre como “viuda de Nájera”, son de los años 1561 a 1572, en obras

de Ausias March o Alexo Piamontés. Desde 1564, la empresa era familiar, ya que Ana de Nájera, su hija, con su marido el librero Juan Franco participaban en los trabajos del taller; de hecho, Ana aparece en un colofón en 1573.

No se sabe qué parentesco unía a Bartolomé con Esteban de Nájera, impresor activo en la calle Barrionuevo de Zaragoza desde 1548; junto a él trabajaba su hermano Diego. Romances, cancioneros o el *Libro de los apothegmas*, de Erasmo, ocuparon sus prensas.

En 1559 aparece su mujer, Águeda Salcedillo (citada como “viuda de Esteban de Nájera”), en el colofón del *Libro subtilissimo por el qual se enseña a leer y contar*, de Juan de Iciar. Casada de nuevo con el librero Miguel de Huesa, éste llevaría adelante el taller, que vendió en 1577 —una vez muerta Águeda— al también librero Hernando de París, seguramente reservándose algún tipo de derecho; así, ambos cedieron material de imprenta a Juan Pérez de Valdivielso, vecino de Huesca, al año siguiente.

Pedro Bernuz

Destacado sucesor de Jorge Coci, de quien era sobrino, ya se ha visto cómo, en 1540, Bernuz se había unido profesionalmente a Bartolomé de Nájera; entre los dos fueron poseedores al completo, hasta 1547, de la imprenta del alemán. La sección del taller adquirida por Bernuz se reforzó

en capital por el reparto que hizo Coci de sus bienes entre sus herederos. Bernuz trabajó hasta 1571 en solitario; de sus tórculos salieron obras como los *Estatutos de la ciudad de Zaragoza*, de 1548, los fueros del Reino, de 1552, o la edición *princeps* de los *Anales de Aragón*, obra magna de Jerónimo Zurita y fundamental para el conocimiento de la historia del país, en 1562. Fallecido Bernuz en 1572, su viuda, Isabel Rodríguez, vendería la imprenta dos años después a Pedro Sánchez de Ezpeleta.



Retrato xilográfico de Juan de Iciar, según un grabado de Juan de Vingles, en la obra Arte subtilissima por la qual se enseña a escrevir perfectamente. Fue impresa por Pedro Bernuz en Zaragoza en 1550

Pedro Sánchez de Ezpeleta

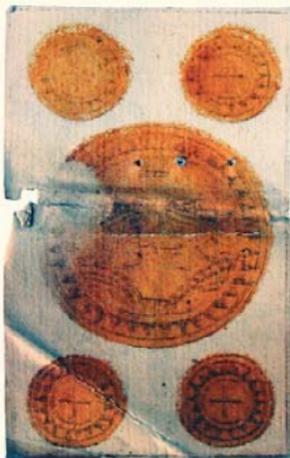
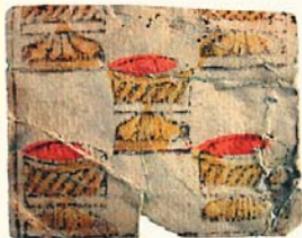
En manos de este distribuidor de libros se volvió a unir el aparato técnico de la imprenta de Jorge Coci; en 1573 compraba Sánchez a Ana de Nájera y su marido el taller del de Constanza por 40.000 sueldos, y al año siguiente hacía lo propio con el de Bernuz, por el que pagó a su viuda 28.000 sueldos.

Para gestionar esta empresa, se constituyó una sociedad compuesta por Sánchez, que actuaría como técnico, Juan Altaraque y Gabriel de Híjar, este último quizás el capitalista; en 1575 compraron el privilegio de publicación de *Selva de aventuras* al cronista Jerónimo de Contreras, pero muy pronto habría desavenencias entre las partes, por lo que Sánchez vendió sus bienes a su hijo Pedro, que era aprendiz del calígrafo Domingo Lacambra.

Sánchez, que tuvo el taller cerca del puente de barcas, trabajó hasta 1578 imprimiendo obras como gramáticas y traducciones de Pedro Simón Abril, libros litúrgicos o el *Libro de la práctica judicial del reino de Aragón*, de Pedro Molinos. A pesar de que gozaba del título de impresor real, en 1579 hay constancia de que atravesó verdaderos apuros económicos.

En la misma imprenta, Híjar dejó su nombre plasmado en el colofón de dos ediciones de 1576: en unos fueros del Reino y en una obra de Juan de Pineda. Altaraque aún imprimiría durante unos años de la década siguiente.

Naipes y fragmentos de naipes, conservados en el Archivo Notarial de Zaragoza, que se utilizaron como tejuelos de protocolos o que se ballaron entre sus páginas. De arriba abajo, y de izquierda a derecha: cinco deoros en los protocolos del notario Domingo Cuerla, de los años 1475 y 1470; siete de copas en el de Miguel de Aoíz del año 1534 y cinco deoros en el de Juan Navarro del año 1551; y las sotas de espadas y copas en el de Juan de Campos Ardanuy de los años 1773-1775



Los naiperos y la imprenta

No se sabe en qué momento de finales de la Edad Media se introdujeron los juegos de cartas en España, pero se tiene constancia de que los primeros naipes que circularon en la Península fueron barajados en los territorios de la Corona de Aragón.

En Zaragoza trabajaba, en 1457, el naipero Antón Inglés y también se conoce la presencia, a principios del siglo XVI, de otros artesanos, como los Esteban o Claudio Arreguer.

Los naiperos utilizaron muy pronto técnicas de estampado para reproducir las cartas, en perjuicio del dibujo, antes incluso de que se inventara la imprenta; por medio de tacos xilográficos, sobre un tipo de papel más grueso que el habitual, conseguían una mayor coherencia gráfica entre las distintas figuras de la baraja y, sobre todo, una mayor rapidez en su elaboración. Estos naipes eran luego pintados a mano, lo que no varió ni siquiera cuando comenzaron a pasar por los tórculos para ser impresos mecánicamente. En otras ciudades, como Valencia o Barcelona (ciudad donde trabajaba Carles Amorós) y, sobre todo, en el sur de Francia, se llegó a una verdadera especialización en este tipo de impresión menor.

En el Museo Fournier de Vitoria se guarda un pliego de veinte cartas estampadas en la capital de Aragón, según se colige del león y las barras del blasón impreso en uno de los naipes; unas iniciales, “A. L.”, y una dirección, “En la Bellón de la Platería”, nos indican por quién y dónde fueron realizadas. El cinco de oros y el siete de copas fragmentados que aquí mostramos, que se conservan en el Archivo Notarial de Zaragoza, fueron hechos en el mismo taller.

OTRAS OFICINAS ZARAGOZANAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

Los Portonariis

A petición de los diputados del Reino de Aragón, y con el apoyo del librero zaragozano Luis Ganareo, fue reclamado en Salamanca Domingo de Portonariis de Ursino, impresor de su majestad en Castilla, para que editara las obras de Jerónimo Zurita; Portonariis empezó a trabajar en Zaragoza en 1578 con materiales nuevos y en los dos años siguientes publicaba la segunda parte de los *Anales* del citado cronista.

En la ciudad, con el título de impresor del Reino de Aragón, recibiría otros encargos, como el de la edición de las obras del obispo Diego de Covarrubias. En 1584 imprimió, con su primo Simón Portonariis, que acababa de llegar de Salamanca, los *Actos de Corte del Reino de Aragón*, de Juan Miguel Pérez de Bordalva. Tres años después, Simón mantenía el título de impresor del Reino, lo que coincide con la desaparición de Domingo en la documentación; este impresor, cuyo taller estaba en franco declive en 1586, tuvo que arrendar material a Pedro Puig para afrontar la edición de un libro de Jerónimo Portolés, que finalmente realizarían los Robles. Entre las impresiones de Simón se encuentran *Flos Sanctorum*, *Anales de la Corona de Aragón* (con material cedido por el genovés Juan Bautista

Negro), libros de caballerías y de fueros, o la *Historia de los Corporales de Daroca*, fechada en 1585. Dos años después ya no se tienen noticias suyas.

Los Robles

Naturales de Alcalá de Henares, los hermanos Diego y Lorenzo de Robles protagonizan la mayor parte de la producción tipográfica de Zaragoza en las dos últimas décadas del siglo XVI; desde 1582 mantenían como socios unas oficinas en esta ciudad y en Lérida, donde también poseían un molino papelerero. Desde 1588 eran impresores de la Universidad de Zaragoza, fundada cinco años antes; al año siguiente, Lorenzo lo sería del Reino de Aragón.

Diego falleció por muerte violenta en 1589, a causa de una cuchillada, y Lorenzo quedó al frente de la imprenta hasta 1611. Éste editaría varias obras del latinista Pedro Simón Abril, con el que mantenía una gran amistad; y publicó también trabajos de Miguel del Molino, Zurita, Bardají y Blancas.



Portada de Relación de las exequias, de Lorenzo de Robles, impresa en Zaragoza en 1599

Lorenzo de Robles participó, pues, en las ediciones relacionadas con el proceso reivindicativo de lo aragonés, tan activo en la segunda mitad del siglo XVI, que daban trabajo a las prensas con temas jurídicos e históricos, y que culminarían con las alteraciones de Antonio Pérez; paradójicamente, el tipógrafo publicó los fueros dictados en las Cortes de Tarazona de 1592, que limitaron la libertad de imprenta.

Ya a principios del XVI, Lorenzo imprimió el *Libro de almutaçafes* —sobre pesas y medidas— y fue contratado para realizar una nueva edición de los *Anales* de Zurita. Parece ser que en 1612 se había trasladado a Flandes, seguramente por causas laborales.

***La Historia de los Corporales de Daroca,
una obra de éxito editorial***

Las imprentas del siglo XVI publicaron con insistencia títulos que tenían una fácil salida en el mercado de la lectura. Aparte de obras litúrgicas, jurídicas o académicas, con una clientela profesional o estudiantil fija, se imprimieron otras obras más cercanas al ciudadano común, como libros de caballerías, de viajes, traducciones de autores clásicos y, también, historias religiosas y de santos (libros de horas, *flores sanctorum*, advocaciones locales, etc.).

Una obra que vio la luz varias veces en esa centuria fue la *Historia de los Corporales de Daroca*, de Gaspar Miguel de la Cueva, editada tanto dentro como fuera de Aragón. No era

infrecuente que libros escritos por autores del país fueran publicados en imprentas ajenas al reino, de igual manera que sucedía lo contrario; por ejemplo, el darocense Pedro Ciruelo trabajó constantemente en las prensas de Alcalá de Henares durante las primeras décadas de ese siglo y, en el anterior, el maestro mayor del Estudio de Artes de Zaragoza, Guillén Górriz, había publicado (1486) su obra *Schotus pauperum* (dedicada al arzobispo de Zaragoza, Alonso de Aragón) en la ciudad francesa de Toulouse.

Han quedado ejemplares de dos ediciones complutenses de la *Historia de los Corporales de Daroca* del taller de Juan de Brocar: una impresa por éste, con fecha del 23 de abril de 1539, y otra por sus herederos, con colofón

Portada de la Historia de los Corporales de Daroca, de Gaspar Miguel de la Cueva, impresa por Domingo de Portonariis



del 20 de mayo de 1553. Puede que aún hubiera una tercera, también llevada a cabo por el propio Juan, ya que se sabe que el 13 de marzo de 1539 firmaba en Alcalá un contrato con el propio autor, Miguel de la Cueva, que a la sazón era procurador de la iglesia de Santa María de Daroca. La edición, según se comprometió Brocar en la ciudad del Henares el día 22 de abril siguiente, había de ser de 3.000 volúmenes, lo que no deja de ser un número serio de ejemplares para la época.

La misma obra también fue impresa varias veces en Zaragoza, lo que prueba su excelente salida comercial: Domingo de Portonariis de Ursino la publicó en 1582. Volvería a salir tres años después en el taller de su primo Simón de Portonariis y, en 1590, en casa de la viuda de Juan de Escarrilla.

Más talleres

Pedro Puig y Juan Escarrilla fueron socios en 1587 y 1588; tras la muerte del segundo, su viuda, Juana Rodrigo, se asociaría con el primero por poco tiempo y, luego, casaría con el también impresor Miguel Jimeno Sánchez, a quien parece que sucedió Miguel Fortuño Sánchez.

Se conoce la presencia en Zaragoza de varios impresores únicamente por el texto de los colofones: así, Pierrez de la Floresta, con su *Florisel de Niquea*, de 1568; la viuda de Juan Villanueva, que en 1577 imprimiría unas comedias de Terencio en Zaragoza, en sociedad con Juan Soler; Álvaro Acosta; o Pascual Pérez, que imprimió un *Antiphonarium* en 1598.

Ángel Tavano, de Italia, se estableció en Zaragoza en los últimos años del siglo XVI. Trabajó como mercader de libros, editor e impresor; su más que estimable producción animó, durante los años siguientes, el escaparate del libro en esta ciudad, con obras como la de Marco Polo o el *Guzmán de Alfarache*. Sensible a los temas de salud infantil (quizás por su triste experiencia familiar, ya que murieron cuatro de sus hijos siendo púberes), publicó un *Método de curar las enfermedades de los niños*, del doctor Jerónimo Soriano, en 1600. Un gesto hermosísimo tuvo el impresor con dos de sus vástagos en 1609: Juan Antonio y Juan Bautista Tavano constan como impresores del *Tractatus de beneficiis amplissimos*, de Nicolás García, seguramente con el deseo del maestro de perpetuar el nombre de sus hijos; pocas semanas después, Juan Bautista moriría, a la edad de siete meses.

HUESCA Y ÉPILA EN EL SIGLO XVI

La imprenta de Huesca nació al cobijo de la Universidad en un momento de bonanza económica, ya que la desmembración del monasterio de Montearagón reportó rentas a dicho centro académico. El mercado limitado del libro en esta capital y la cercanía de otras ciudades con imprenta, como Zaragoza y Lérida, retrasó el establecimiento de su primer taller tipográfico. Esta carencia fue, sin embargo, solventada por la Universidad de Huesca, que contrató en

fol. 1.

PROPRIVM DE TEMPORE.

PRIMO SABBATHO
ADVENTVS.

*Ad Vespera, Hym. Conditor alme. Vers. Rorate cali desuper,
& nubes pluant iustum. Resp. Aperiaturretterra, & germinet Sal
uatorem. Ad Magnificat, Antiphona.*

A eius

Página del Antiphonarium impreso por Pascual Pérez en Zaragoza en 1598

1575 a Juan Pérez de Valdivielso, de Lanaja, a quien se aseguraba un salario de 40 libras anuales y vivienda; se le adelantaba, además, cierta suma para que pudiera crear la infraestructura necesaria en la ciudad. El material tipográfico que subió Valdivielso a Huesca había pertenecido a Bartolomé de Nájera, impresor de Zaragoza, y le llegó a través de Miguel de Huesa y del librero Hernando de París.

Hasta 1598, Pérez estuvo publicando para la Universidad calendarios escolares, conclusiones, anuncios de tesis y trabajos de similar fuste, así como edictos del obispado y ordenanzas de la ciudad; pero también imprimió libros de calidad, de autores como Juan Gascón, en 1576, o Pedro del Frago. Las dificultades económicas que sufrió la Universidad de Huesca, con los consiguientes

retrasos en los pagos a Pérez de Valdivielso, fueron el motivo de que el rectorado no pudiera evitar que este impresor abriera oficina en Zaragoza en 1598; ésta, que funcionaría hasta 1602, daría alegrías a los lectores tales como el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de Alfarache*. En la ciudad altoaragonesa, el de Lanaja seguiría trabajando durante las dos primeras décadas del siglo XVII.

De Valdivielso hay una publicación de 1578, *Institutio-num medicarum*, de Jerónimo Jiménez, en la que se señaló como lugar de impresión Épila; pero es poco probable que se estampara allí, sino en Huesca, donde tenía fijado su taller en ese momento. En dicha villa del Jalón, dos años después, puede que publicara Tomás Porrals, impresor saboyano establecido por entonces en Navarra, la *Primera parte de la clara Diana*.

Portada de Brevis institutio dialectica docens, de Martín de Santolaria, obra impresa por Juan Pérez de Valdivielso en Huesca en 1586



LA CONSOLIDACIÓN Y EL OCASO DE LA IMPRENTA MANUAL



La imprenta manual, iniciada, como hemos visto, durante el último tercio del siglo XV, vive en el siglo XVII el periodo de su consolidación y en el XVIII el de su ocaso. En Aragón, el foco editor más importante continuará siendo Zaragoza, seguido de Huesca. A lo largo del siglo XVII Tarazona, Barbastro y Calatayud también serán núcleos con actividad tipográfica.

Desde un punto de vista cuantitativo, tanto el XVII como el XVIII son una época de auge para la imprenta: hay un mayor número de personas dedicadas a esta industria que en los siglos anteriores. Sin embargo, y hablando en términos generales, la bondad de los libros no puede compararse con las obras producidas antaño. Hasta mediados del XVI, los impresores habían mantenido su independencia, pero en las dos centurias siguientes se convierten en mercenarios de los editores, quienes, en muchas ocasiones, imponían criterios de ahorro económico frente a los de calidad.

Durante el siglo XVII, la letrería gótica fue sustituida por la redonda, el papel utilizado era de baja calidad y los tipos gastados por el uso constante daban una ima-

gen imperfecta del libro. Esta decadencia en la excelencia de la imprenta, generalizada en Europa, no puede atribuirse a la maestría de los tipógrafos sino a la precaria situación económica de la época. Además, hay que tener en cuenta que, aunque este siglo se caracteriza por su declive económico, en los aspectos cultural y científico sucede todo lo contrario. La creación de obras por parte de los autores se dispara y el impresor tiene que responder ante esta demanda produciendo los libros en el menor tiempo y lo más barato posible.

En el siglo XVIII se advierten cambios de estilo y también en el contenido de los libros. Las portadas se hacen más atractivas y hay más variedad de tipos de letra. En cuanto a los temas, hasta entonces de carácter predominantemente religioso, destaca la abundancia de colecciones de poesía y novelas.

El impresor, según los escritos de la época, denomina a su oficio *Arte Liberal*, y se considera perteneciente a un grupo socialmente superior al del resto de los oficios mecánicos. En una sociedad mayoritariamente analfabeta, casi todos los tipógrafos sabían leer y escribir, aunque se daban casos de cajistas que aprendían de memoria la ubicación de las letras dentro de la caja y que realizaban su trabajo de forma automática. Además, algunos impresores formaban parte de la elite intelectual de su tiempo y participaban en círculos literarios, como es el caso de los Dormer.

Pese a la estima social de que gozaba el oficio de impresor, ésta no siempre iba respaldada por un patrimonio acorde con ese prestigio. La mayoría no poseía una boyante situación económica. No sólo no eran propietarios de sus imprentas, sino que algunos son calificados de pobres en sus partidas de defunción, como el impresor de Zaragoza Pedro Verges, por poner un ejemplo. Sólo unos pocos alcanzaban una situación acomodada. El paradigma puede ser Juan de Lanaja, tipógrafo ejerciente en Zaragoza durante la primera mitad del siglo XVII: fue el impresor con más obra producida en su época, pues no en vano lo fue del Reino y de la Universidad, lo que suponía tener la exclusiva sobre todo lo que estas instituciones publicasen.

El oficio de impresor y el taller tipográfico

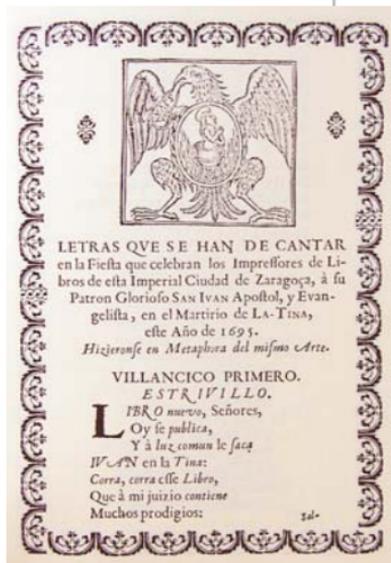
El *cursus honorum* del impresor en la Edad Moderna comenzaba con el aprendizaje, que duraba cinco años. El aprendiz formalizaba su ingreso en el taller tipográfico mediante un contrato, denominado *firma de aprendizaje*, en el que se establecía una serie de condiciones entre ambas partes. La primera se refería al tiempo de permanencia del discípulo en casa del maestro: el aprendiz se comprometía a estar en ella durante un periodo determinado, sin interrupción; en caso de incumplimiento, recuperaría el tiempo que perdiese o malgastase, o pagaría el coste de su manutención. El maestro quedaba obligado, además de a enseñar su oficio, a mantener en su casa al aprendiz sano o enfermo, si la

enfermedad no era larga, y a vestirlo y calzarlo. Finalizado el tiempo pactado, entregaba al muchacho un vestido, como era costumbre en la profesión.

Para que una prensa trabajase ininterrumpidamente precisaba cuatro o cinco personas. Además del maestro, eran necesarios un cajista y un prensista especializados y uno o dos aprendices. Probablemente uno de estos últimos se encargaría de las tareas propias del *batidor*, es decir, de impregnar las letras de tinta uniformemente con las balas (almohadillas para entintar).

El *cajista* o *componedor* era el que se ocupaba de componer el texto. Las letras estaban distribuidas en una gran caja, que constaba de caja baja (donde estaban las minúsculas), con cuarenta y cuatro cajoncillos, y caja alta, para mayúsculas, con noventa y seis. El *prensista* o *tirador* gobernaba la prensa e imprimía las páginas que le entregaba el componedor. Era muy importante la figura del

Portada de las Letras que se han de cantar en la fiesta que celebran los impresores de libros de Zaragoza, publicadas por Manuel Román en esta ciudad en 1695 (Colección particular)



corrector, que repasaba el texto para evitar erratas. Éste debía saber gramática, ortografía, latín y otras lenguas; en suma, había de ser una persona perita y docta. No todas las imprentas tenían corrector en su plantilla; generalmente era contratado, por el editor o bien por el propio impresor, cuando se iba a publicar una obra. Valga como ejemplo la segunda edición de *Homilias sobre los evangelios de la Quaresma*, escrita por Miguel Batista de Lanuza e impresa por Juan de Lanaja en 1633, cuyo corrector fue fray Lorenzo Cayrosa, conventual de Santo Domingo, de Zaragoza.

LA IMPRENTA CESARAUGUSTANA

La imprenta zaragozana de los siglos XVII y XVIII ocupa un lugar preeminente en Aragón. Un gran elenco de impresores se despliega a lo largo de estas dos centurias en la ciudad, de los que solamente se citarán aquellos que contaban con imprenta y no a quienes también ejercieron el oficio pero como oficiales, mancebos o aprendices de los talleres.

Alonso Rodríguez fue un excelente tipógrafo, pero apenas tuvo tiempo de ejercer su oficio ya que falleció prematuramente, en 1604. Diez son las obras entre 1601 y 1605 con pie de imprenta de Rodríguez, todas ellas de excelente factura. Se sabe, por ejemplo, que en 1602 tiró 1.000 ejemplares de las *Obras* de Ludovico Blosio, traducidas por fray

Jerónimo de Alfaro y costeadas por el librero Juan de Bonilla, el editor más importante del momento en Aragón.

Juan de Larumbe, además de uno de los artífices más activos del XVII, fue el fundador de una estirpe de impresores afincada en Huesca y Zaragoza, como veremos. Inició su actividad asociado a su colega Carlos de Labayen, en 1603. La sociedad duró hasta 1607, año en que Labayen vuelve a su ciudad de origen, Pamplona, llamado por el Concejo para ejercer allí su profesión. A partir de entonces, Larumbe imprimió en solitario hasta 1647, falleciendo un año más tarde. Destacan entre sus impresos la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, en colaboración con Labayen; el *Libro de la Cosmographia universal del mundo*, de José de Sessé, de gran belleza tipográfica, y el *Romancero espiritual*, de Lope de Vega.

Juan de Lanaja fue el impresor más destacado del siglo XVII zaragozano, tanto por la cantidad como por la calidad de su producción. Tuvo una dilatada carrera profesional, desde 1607 hasta su muerte en 1639; ostentó los cargos de impresor del Reino de Aragón y de la Universidad. A sus prensas se deben, entre otras obras, *Historia del glorioso San Valero*, de Martín Carrillo; los tomos segundo, tercero, cuarto y sexto de los *Anales de Aragón*, de Jerónimo Zurita; *Nobleza virtuosa*, de Luisa María de Padilla, condesa de Aranda; y la *Historia de la fundación y antigüedades de San Juan de la Peña y de los reyes de Sobrarbe*,

Aragón y Navarra, hecha por el abad de este monasterio, Juan Briz, y financiada por la Diputación del Reino, de la que en 1620 se editaron 700 ejemplares tamaño folio. Según consta en el contrato, el texto debía estar dispuesto a dos columnas, y compuesto en letra atanasia (de caracteres de 14 puntos), cursiva para las notas del margen y las palabras en latín, y cícero para las advertencias.



Portada de la Historia de la Fundación y Antigüedades de San Juan de La Peña, de Juan Briz, impreso por Juan de Lanaja en Zaragoza en 1620 (Biblioteca Universitaria de Zaragoza)

A Juan de Lanaja y Quartaveta le sucedió su sobrino Pedro Lanaja y Lamarca, que imprimió durante una década, entre 1638 y 1648. Hay noticia documental de la edición de *Vida de San Orenco, Obispo de Auz*, del cronista Juan Francisco Andrés de Uztárroz, para la que se empleó papel francés; fue financiada por la Diputación del Reino. A su muerte, en 1648, sus herederos continuaron con la imprenta.

Otro de los grandes de la primera mitad de siglo es Pedro Cabarte, que comenzó su labor tipográfica en 1612. Cabarte compró en ese año el

material de imprenta que había pertenecido a su cuñado Lucas Sánchez, que acababa de fallecer. Probablemente ése fuera el origen de su taller, que incrementó unos años después, en 1617, con la adquisición de la mitad de una imprenta a la viuda de su difunto colega Sebastián Benamur. La otra mitad quedó en manos del tipógrafo Pedro Gel. La producción de Cabarte abarca desde 1612 hasta 1632 y destaca por su perfección tipográfica. Cabe citar *Practica judiciaria del reyno de Aragón*, de Pedro Molinos; los *Fueros* de 1624 y 1627; y *España restaurada en Aragon, por el valor de las mugeres de Jaca, y sangre de Santa Orosia*, de fray Martín de la Cruz.

Padre e hijo son los impresores Diego y Cristóbal de la Torre. Ambos ejemplifican el tipo de impresor itinerante. Diego de la Torre, antes de asentarse en Zaragoza, había pasado por Valencia, Murcia, Orihuela y Tarazona. Su actividad en la ciudad del Ebro se extiende de 1618 a 1640. Cristóbal ejerció en Zaragoza entre 1633 y 1644, y después residió en Murcia y Castilla.

La imprenta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia debió de comenzar su andadura a partir de 1626, en que mediante fuero se le otorgó el privilegio de imprimir y vender en exclusiva todos los libros para la enseñanza de la gramática en el Reino de Aragón, además de otros con los que, junto a esta materia, se explicaba latín y retórica. Fue uno de los talleres más importantes de la ciudad y perduró

hasta el siglo XIX. A lo largo del XVII se hicieron cargo de esta imprenta, entre otros, Juan de Lanaja, Pedro Verges, los Dormer, Pedro Gómez y Miguel de Luna. Durante el siglo XVIII la regentó Pascual Bueno.

Otra dinastía de tipógrafos es la de los Verges. En 1626 Pedro Gel, impresor y fundidor de letras, daba por finalizada su labor impresora, que había durado cinco años (1621-1625), poniendo a la venta las dos prensas con sus letras y demás material tipográfico de su taller. Pedro Verges, francés afincado en Zaragoza desde 1605, aprovechó la oportunidad, lo compró y comenzó a imprimir ese mismo año. Enseñó el oficio a su primogénito, Pedro Ignacio, nacido en 1610, con el ánimo de que fuera su sucesor. Durante un tiempo, padre e hijo trabajaron y vivieron juntos, pero la prematura muerte de Pedro Ignacio, en 1644, frustró los deseos del padre. Pedro Verges falleció dos años más tarde, pero antes traspasó la imprenta a su nuera, Ana Bitrián, quien continuó con el negocio hasta 1649, en que casó con Juan de Ibar, oficial de su taller.

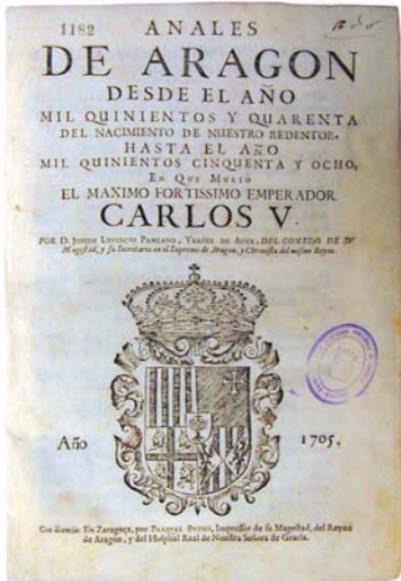
La imprenta de Pedro Verges no se caracterizó precisamente por la buena factura de sus obras, que fueron muchas. En ellas había muchas erratas y el papel era de ínfima calidad. Sin embargo, fue el taller zaragozano que tiró las primeras ediciones de Quevedo.

Por el contrario, Juan de Ibar sí fue reconocido por la calidad de sus tiradas. Este impresor ejerció entre 1650 y

1676. En 1673, en colaboración con Agustín Verges, publicó *El cordero vivo y muerto, vestigios sangrientos del redentor con la cruz*, de fray Jerónimo Escuela. Tras la muerte de Ibar, en 1676, Ana Bitrián, su viuda, tomó las riendas de la imprenta hasta 1678. Con Ibar y su mujer trabajó Juan Valero Berges, quien casó con M^a Teresa Barón en 1666 y falleció dos años más tarde, dejando una hija, Teresa.

Agustín Verges, hijo menor de Pedro, trabajó entre 1660 y 1678. A partir de esta última fecha y hasta 1682, su viuda, Josefa Sanz, y sus herederos se hicieron cargo del taller. Su hija Josefa contrajo nupcias con el también tipógrafo Domingo Gascón, quien dedicó doce años, de 1680 a 1702, año de su muerte, a la imprenta. María Teresa Gascón, hija de Domingo, casó con Diego Larumbe, quien trabajó en el taller de su suegro desde 1698 hasta 1717, año en que falleció. Sus herederos continuaron con la labor tipográfica hasta 1726.

Mención especial merecen los Dormer, también padre e hijo, excelentes tipógrafos que cubren casi un siglo de la imprenta zaragozana. Diego Dormer mayor ejerció desde 1630 hasta 1645, mientras que Diego Dormer lo hizo entre 1645 y 1673. Este último tuvo dos hijos: Diego José, célebre cronista, y Dionisio Francisco; ambos siguieron la carrera eclesiástica, pero mantuvieron abierta la imprenta dejando al frente del negocio a Francisco Revilla, oficial de la misma, hasta 1698.



Portada de los Anales de Aragón desde el año mil quinientos y quarenta... hasta el año mil quinientos cinquenta y ocho, de José Lupercio Panzano Ibáñez de Aoíz, impreso por Pascual Bueno en Zaragoza en 1705 (Archivo de la Diputación de Zaragoza)

A la segunda mitad del XVII pertenecen Miguel de Luna, que se intitula “Impresor de la Ciudad” y que imprimió desde 1652 hasta 1662 (su viuda continuó un año más con la imprenta), y Bernardo Nogués, que venía de Valencia y que permaneció únicamente dos años en Zaragoza, de 1662 a 1664.

Otra de las grandes figuras de la imprenta cesaraugustana es Pascual Bueno, infanzón y natural de Almodévar. Se inició en el taller de Juan de Ibar y contrajo matrimonio con M^a Teresa Barón, viuda de Juan Valero Berges. Comenzó a trabajar por su cuenta en 1678; regentó la imprenta del

Hospital de Nuestra Señora de Gracia, fue impresor del Reino y de la Universidad. Falleció en 1725.

En la segunda mitad del siglo XVII, y en un discreto segundo plano, figuran Tomás Gaspar Martínez, que imprimió de 1682 a 1704, y Jaime Magallón, proveniente de Lérida

da, que se instaló en Zaragoza en 1692 y cuya actividad duró hasta 1703.

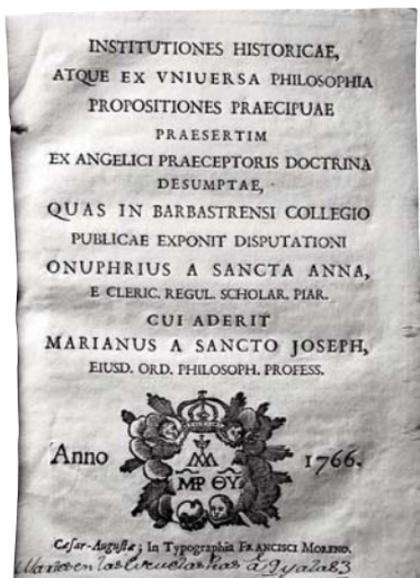
Un buen tipógrafo fue Manuel Román, que comenzó en el oficio en 1684, ejerció como impresor de la Universidad y falleció en 1712. Entre esa fecha y 1726, la imprenta quedó a cargo de sus familiares. Editó una obra en colaboración con Pedro Carreras: *Nizetas o la incontinencia vencida*, de Jeremías Drexel, en el año 1701. Carreras imprimió entre 1700 y 1729. Sobrino de Manuel Román fue Pedro Ximénez, que trabajó entre 1712 y 1730.

A Francisco Revilla ya se le ha citado, pues llevó la imprenta de los hermanos Dormer hasta 1698, año en que se estableció por su cuenta. Hasta 1750, sus prensas estamparon algo más de una treintena de obras.

Luis Cueto casó en 1714 con Águeda Ximénez, sobrina de Manuel Román, quien por una serie de vicisitudes



Portada de los Estatutos aprobados por su Magestad para el gobierno de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, impresa por Luis de Cueto en Zaragoza en 1777 (Archivo de la Diputación de Zaragoza)



Portada de las Institutiones Historicae, impresas por Francisco Moreno en Zaragoza en 1766 (Colección particular)

con sus bienes y derechos, por lo que la Imprenta Real quedaría vinculada a la familia Cueto hasta su desaparición, ya en el siglo XIX. Tras la muerte de Luis Cueto, su taller quedó al cargo de unos tenentes, debido a que los sucesivos herederos, homónimos del fundador del mayorazgo, vivían en América y seguramente algunos de ellos ni siquiera habrían estado nunca en Zaragoza. Luis Cueto fue también designado impresor de la Universidad.

familiares recibió la imprenta de éste. Cueto comenzó a editar obras con pie de imprenta a su nombre en 1724. A la muerte de Pascual Bueno, fue designado Impresor Real, cargo que le permitía tener en exclusiva los derechos de impresión de diferentes tipos de documentos promulgados por la Real Audiencia o el Intendente. Unos años más tarde, otro privilegio real le autorizaba a establecer un mayorazgo perpetuo

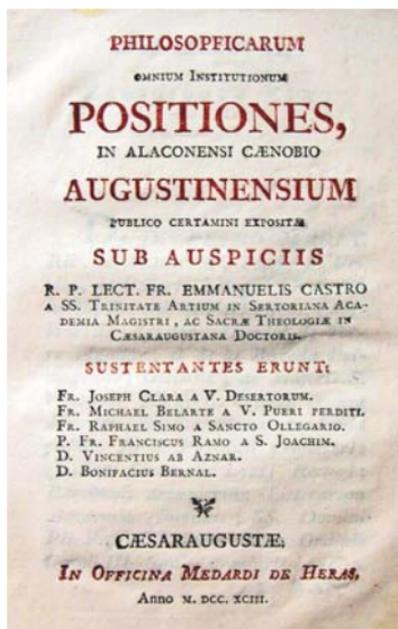
Francisco Moreno tuvo una dilatada vida profesional; su andadura comenzó en 1727 y finalizó en 1781, aunque sus herederos mantuvieron la imprenta hasta 1797. De sus prensas salieron más de 250 obras.

Once años trabajó Juan Malo en su taller, desde 1730 a 1741. A partir de 1742 y hasta 1744 figuran al cargo del mismo su viuda y sus herederos. Sus impresos, una veintena, son de gran calidad.

El valenciano José Fort fue otro de los mejores impresores del XVIII. En 1733 casó con Juliana Dextre, de familia infanzona oriunda de Lécera. Un año después se estableció como tipógrafo. Las prensas de Fort superaron el centenar de obras editadas y no cesaron su actividad hasta el año de su muerte, 1770. En 1738, Fort y Pedro Argayón firmaron sendos contratos para realizar la edición de *Artium cursus*, escrita por Buenaventura de San Agustín y anotada por fray Clemente Langa, aunque en el pie de la obra figura la imprenta del Monasterio de Santa Engracia. Fallecido Fort, su viuda y heredera se hizo cargo del taller hasta 1777.

En la segunda mitad del siglo XVIII, caracterizada por la baja producción tipográfica, emergen nuevas imprentas, como la de Medardo Heras, que trabajó de 1780 a 1831 y sacó a la luz poco más de 60 obras; entre ellas figuran los dos primeros tomos de *Bibliotheca antiqua de los escritores aragoneses*, de Félix de Latassa y Ortín. Además, publicó el *Diario de Zaragoza*.

Blas y Mariano Miedes fueron los impresores de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. El primero ejerció de 1781 a 1786, y su viuda mantuvo la imprenta abierta hasta 1789. Mariano trabajó entre 1793 y 1826, según la última obra con su pie de imprenta de que se tiene noticia. Su viuda aparece en 1833 y 1835. La producción de los Miedes no fue muy amplia: por el momento, hay constancia de poco más de una treintena de impresos del primero y de unas cincuenta del segundo.



Francisco Magallón inicia su labor tipográfica en 1789 y la finaliza en 1829. Aunque supera el centenar de impresos, la mayoría de ellos tiene menos de 50 páginas.

La última imprenta en aparecer en esta centuria es la de los hermanos Alcrudo (José, Antonio y Leonardo), en 1798, que duró hasta 1810.

Portada de las Philosophicarum omnium Institutionum, impresas por Medardo de Heras en Zaragoza en 1793 (Colección particular)

Ibarra, un impresor aragonés en Madrid

Joaquín Ibarra nació en Zaragoza en 1725. A los diez años marchó a Cervera, ya que su hermano mayor, Manuel Ibarra, había sido nombrado impresor de la Universidad de esta ciudad catalana. Se cree que pasó por el taller madrileño de Manuel Marín, donde se había formado su hermano. En 1753, finalmente, abrió su propia oficina en la capital de España.

Seguramente, Joaquín Ibarra fue el mejor profesional de su tiempo; a ello contribuyeron su preparación cultural, que le hizo introducir modificaciones ortográficas (como la supresión definitiva de la *s* en forma de *f* y la sustitución de la *v* vocal por la *u*), su vocación profesional y su sentido estético del libro. Fue muy exigente con el acabado de la impresión, tanto por lo que se refiere a la arquitectura tipográfica como a la utilización de tipos adecuados y medidas normalizadas; también cuidó la calidad del papel y de la tinta, y la técnica de impresión.

Entre los cientos de libros que salieron de sus prensas, dos son las obras en las que Ibarra trabajó, probablemente, con más esmero: *La Conjuración de Catilina*, de Salustio (1772), con cabeceras y viñetas abundantes, y letrerías de distintos cuerpos; y el *Quijote*, de 1780, extraordinaria edición de presentación exquisita, con grabados abiertos ex profeso por profesores de la Real Academia de San Fernando. Pablo Neruda nombraba entre una serie de objetos bonitos, en uno de sus versos, un *quijote* de Ibarra.

Recientemente se ha recuperado el tipo de letra del impresor Ibarra para su uso en soporte informático:

abcdefghijklmnñopqrstuvwxyz 1234567890
ABCDEFGHIJKLMNÑOPQRSTUVWXYZ

UBICACIÓN DE LAS IMPRENTAS

Zaragoza contaba, en los siglos XVII y XVIII, con importantes talleres situados en torno a la parroquia de la Seo y en la calle de Los Señales, junto a la de San Lorenzo. Concretamente, en la calle de la Cuchillería tenían su imprenta Pedro Cabarte, Juan de Larumbe, Juan de Ibar, Domingo Gascón y Diego Larumbe, quien luego la trasladaría a la calle de San Pedro. Diego Dormer mayor también la tuvo allí durante un tiempo, aunque primero se había asentado en Los Señales y luego en la Frenería Vieja, junto a la Cuchillería, mientras que su hijo la situó en la plaza de la Seo. Los herederos de Dormer ubicaron el negocio en varios sitios: primero en Los Señales, luego frente a la iglesia de la Magdalena, más tarde se instalaron en San Juan el Viejo, de ahí se fueron a la calle de la Compañía y finalmente a la de la Caraza, junto al Arco de los Cartujos.

En la plaza de San Bartolomé estuvo la de Juan de Lanaja, muy cercana a la Seo. Allí la mantuvo algunos años su sobrino y sucesor, Pedro Lanaja, hasta que se trasladó a Los

Señales, donde también fijaron la suya Pedro Gel y Pedro Verges. Años más tarde, Agustín Verges instaló asimismo su taller en esta calle, aunque después marchó, primero, a la plaza de la Seo y, después, a la Cuchillería. La imprenta del Hospital de Nuestra Señora de Gracia se encontraba en el propio Hospital, en la calle del Coso (en la manzana que hoy ocupa el Banco de España). Miguel de Luna se instaló en la calle de San Pedro. Gaspar Tomás Martínez tuvo inicialmente su imprenta en la plaza de la Seo, junto a la Tabaquería, y después en la Frenería, junto a la Cuchillería.

En la calle del Sepulcro estuvo la de Manuel Román y Luis Cueto. Jaime Magallón se instaló en la calle de la Caraza y Francisco Revilla lo hizo en la calle de San Lorenzo, junto a la judería. En la calle Mayor, cerca de la iglesia de la Magdalena, se hallaba el taller de Pedro Carreras. Pedro Ximénez y sus herederos estuvieron en la calle de las Danzas. En la misma calle tuvo su negocio Francisco Moreno hasta que se trasladó a la Cuchillería, donde también se ubicó Juan Malo, para pasar luego a Los Señales. Asimismo eligió esta calle José Fort. Francisco Tomas Revilla se situó, sin embargo, en la calle de la Verónica.

LA IMPRENTA OSCENSE

Nacido, como ya se ha indicado, al abrigo de la Universidad Sertoriana, otro de los núcleos representativos de la imprenta aragonesa de los siglos XVII y XVIII fue el de

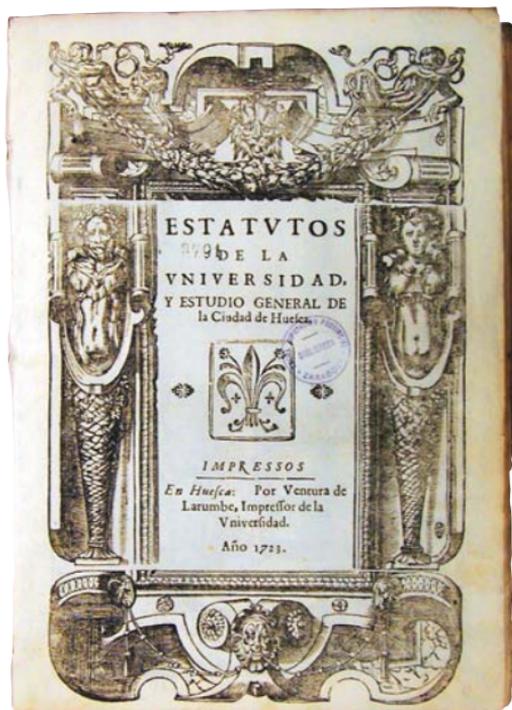
Huesca. Juan Pérez de Valdivielso, primer impresor de la ciudad, cesó su actividad en 1612, año en que la iniciaba Pedro Cabarte con la obra *Expulsión justificada de los moriscos españoles y suma de las excellencias christianas de nuestro Rey Don Felipe*. Cabarte, que tenía a la vez abierto otro taller en Zaragoza, tomó en arriendo la imprenta de Pérez de Valdivielso, que pronto cedería a Joaquín Oldersum, tipógrafo flamenco también afincado en Huesca. Aunque ya definitivamente establecido en Zaragoza, Cabarte imprimió algunas obras en la capital oscense en 1617 y 1618. Entretanto, Oldersum fue impresor de la Universidad, hasta que en 1618 se le revocó el cargo.

Juana de Pisa, viuda de Pérez de Valdivielso, había arrendado la imprenta al oscense Pedro Blusón. Entre el material tipográfico de este taller se contaban dos prensas y un tórculo, además de distintos tipos de letras y adornos. Blusón, formado en Zaragoza en el taller de Pedro Cabarte, fue el impresor más importante de la primera mitad del XVII. Ejerció su arte desde 1620 hasta 1638 y fue, asimismo, impresor de la Universidad.

En 1637 se establece como impresor Juan Nogués, excelente tipógrafo perteneciente al círculo de Lastanosa, que imprimió obras de este mecenas y de su amigo Baltasar Gracián. Nogués permanecerá en la ciudad hasta 1653, con un paréntesis entre 1650 y 1651, durante el que editará un par de obras en Zaragoza. También estuvo en el Monaste-

rio de San Juan de la Peña, en 1652, para estampar una obra de su abad, fray Francisco Blasco de Lanuza.

Juan Francisco Larumbe, hijo del tipógrafo zaragozano Juan de Larumbe, ejerce ininterrumpidamente entre 1638 y 1683. Con él se asienta en Huesca la saga de los Larumbe, que perdurará hasta mediados del siglo XIX. La dinastía y sucesión de estos tipógrafos en el XVIII es la siguiente: José Lorenzo, 1684-1717; Ventura, 1723-1724; José Diego, 1728-1761; Mariano José, 1766; y la viuda de Miguel Larumbe, 1778-1808.



Portada de los Estatutos de la Universidad... de Huesca, impresos por Ventura de Larumbe en Zaragoza en 1723 (Archivo de la Diputación de Zaragoza)

IMPRENTAS EFÍMERAS EN LA EDAD MODERNA

Junto a imprentas estables, asentadas generalmente en ciudades grandes, surgen otras que podríamos llamar efímeras. Son aquellas situadas en lugares pequeños cuya instalación se debe más a una circunstancia personal o coyuntural que a una necesidad, de modo que la duración de su actividad es muy breve, por lo general.

Tarazona

La llegada de la imprenta a la ciudad del Queiles responde a una iniciativa del doctor Pedro Sánchez de Lizarazo, natural de Biel, en las Altas Cinco Villas, y deán de la catedral de Tarazona. Su intención era que se editaran todos sus trabajos inéditos, para lo que procuró los medios técnicos y humanos necesarios. En enero de 1613 suscribió un contrato con el impresor navarro Carlos de Labayen, quien antes de establecerse definitivamente en Pamplona había ejercido en Zaragoza y tenía, además, experiencia en simultanear impresiones en distintos lugares. Labayen imprimió en 1613 *Generalis et admirabilis methodus ad omnes scientias facilius et citius addiscendas: in qua... doctoris Raimundi Lulii Ars brevis explicatiues et... ad praxim... apertissime reducitur*, y existe una edición de la misma en 1619 a expensas de Juan de Bonilla, el librero-editor más importante del momento en tierras aragonesas. La segunda obra publicada por el deán Sánchez de Lizarazo fue *Libro de declaración de la ley christiana: que contiene dos tratados: el primer del pecado de la soberbia: el segundo de la avaricia*, impresa por Diego de la Torre en 1614. Pero el loable empeño del deán turiasonense de dar a la

estampa la treintena de trabajos manuscritos que tenía ya preparados se vio frustrado al sobrevenirle la muerte.

En 1615, y también bajo las prensas de Diego de la Torre, se imprimieron dos obras del teólogo franciscano fray Juan de Iribarne: *Adduntur sex dubia abeodem authore... in quibus confutatur impugnatio qua Gabriel Vasques in Scoti molitur doctrinam urgere* y *Comentarii in quartum librum sententiarum Ioannis Duns Scoti*.

Aunque, como vemos, la vida de la imprenta turiasonense durante este periodo es muy corta, no deja de ser interesante por las implicaciones culturales derivadas de la difusión de los trabajos de los autores publicados.

Barbastro

El tipógrafo barcelonés Sebastián Matevad imprimió en esta ciudad *Homilias sobre los evangelios que la Iglesia Santa propone en los días de Quaresma*, de Jerónimo Batista de Lanuza, obispo de la sede barbastrense. Tres son los tomos que compo-



Obra de Pedro Jerónimo Sánchez de Lizarazo, impresa por Carlos de Labayen en Tarazona en 1619 (Biblioteca Universitaria de Zaragoza)

nen esta obra, estampada entre 1621 y 1622. Tras este breve conato de actividad tipográfica, la imprenta en Barbastro cesará su producción hasta los albores del siglo XIX.

Calatayud

A finales del siglo XVII surgen en Calatayud dos imprentas: la de Cristóbal Gálvez, que publicó en 1680 *Confessionario y resumen de las mayores devociones que hay en el mundo*, de Manuel de Azebedo, y unas *Ordinaciones reales de la ciudad de Calatayud*, hacia 1683; y la de José Vicente de Mola, que sacó tres obras a la luz entre 1688 y 1692: *Pecadora santa: vida de Santa Maria Magdalena*, de Juan Esteban de la Torre, y *Práctica y teórica de los apotesmas en general y particular: question y practicas de cirugia, de heridas, llagas, y otras cosas nuevas y particulares...*, de Pedro López de León, obra de la que se hicieron dos ediciones, una en 1689 y otra en 1692.

Juan de Aguirre se instaló en Calatayud en 1761 y trabajó hasta 1792. La mayoría de sus impresos son administrativos y coinciden con la época en que la ciudad era la cabeza del Corregimiento.

Juan de Aguirre se instaló en Calatayud en 1761 y trabajó hasta 1792. La mayoría de sus impresos son administrativos y coinciden con la época en que la ciudad era la cabeza del Corregimiento.

Portada de las Homilias... de la Cuaresma de Gerónimo Bautista de Lanuza, obra impresa por Sebastián Matevad en Barbastro en 1622 (Archivo de la Diputación de Zaragoza)



EL SIGLO XIX: LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA IMPRESA



La fabricación manual del libro llegaba a su fin. A lo largo del siglo van sucediéndose las innovaciones que convierten una profesión artesana en un oficio industrializado. La aparición de la prensa mecánica de vapor, las nuevas técnicas de composición e ilustración, la linotipia y el fotograbado revolucionan el mundo impreso.

Pero las ediciones pierden prestancia y belleza. La calidad del papel empeora; el procedente de trapos deja paso al obtenido a partir de la madera. El libro jurídico y religioso cede su importancia a los tratados de ciencias, en general, como fruto de la expansión de la alfabetización y de la difusión social del conocimiento.

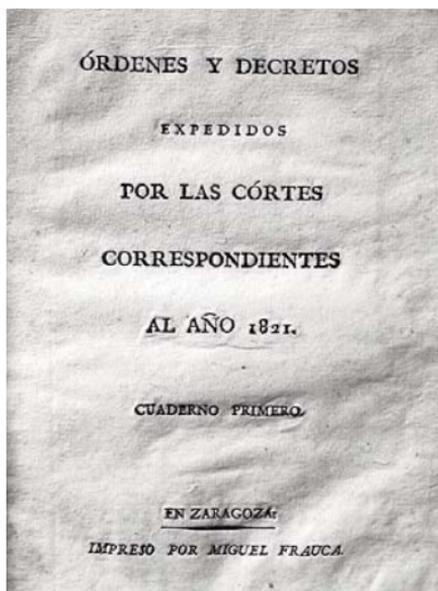
ZARAGOZA

En Zaragoza, el número de talleres tipográficos sigue siendo elevado, al igual que en la centuria anterior. Apellidos como Heras, Magallón y Miedes ya eran conocidos en el siglo precedente. A Francisco Magallón, por ejemplo, le continuaron sus hijos Cristóbal y José María hasta 1878,

en que se realizó el traspaso del negocio familiar a Mariano Salas. Medardo Heras, hijo del impresor homónimo, trabajó de 1801 a 1842, editando notables obras. Valgan como muestra las *Fábulas* de Iriarte, de 1833. La imprenta de Mariano Peiró comenzó a funcionar en 1838. A él se debe la introducción de la litografía en Zaragoza. Tuvo un digno sucesor, su hijo Agustín, que dirigió el taller entre 1859 y

1869. Otros importantes tipógrafos fueron Gregorio Casañal, Roque y Antonio Gallifa, Miguel Frauca o Calixto Ariño. Bien entrado el siglo surgen las imprentas de Vicente Andrés, Emilio Casañal y Eduardo Berdejo Casañal.

Durante esta centuria siguieron trabajando las prensas de las imprentas Real y Nacional (la segunda, heredera de la primera), así como la del Hospital de Gracia, tan activa como en los siglos precedentes, y la del Hospicio, que publicó numerosos reglamentos y memorias de los distintos servicios de la Diputación Provincial.



Portada de Órdenes y decretos expedidos por las Cortes correspondientes al año 1821, impresas por Miguel Frauca en Zaragoza (Colección particular)

HUESCA

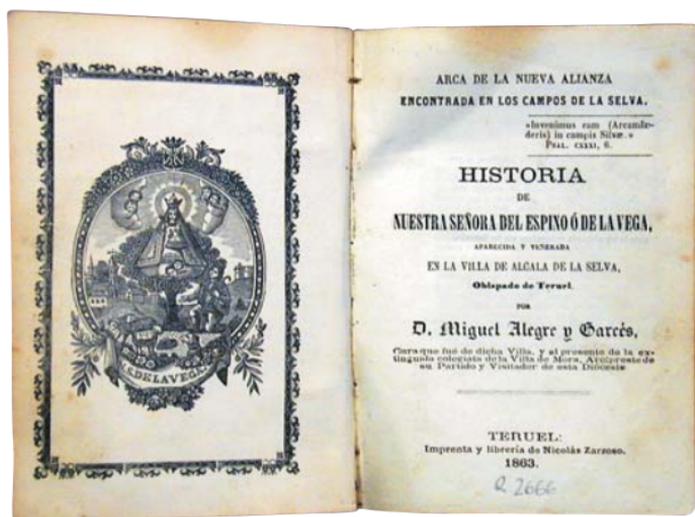
En Huesca durante este siglo continúa la dinastía de los Larumbe. Entre los años 1813 y 1849 funcionan la imprenta de la viuda de Miguel y la de Mariano, a quien, a su vez, sucedieron su viuda y herederos. Lucas Polo abrió su taller en 1845; marchó a Madrid en 1850, dejando al frente de la imprenta a Antonio Arizón, quien finalmente la compró y mantuvo abierta hasta 1870. Otra familia de impresores irrumpe con fuerza en la ciudad de Sertorio, los Castanera. El primero de ellos, Mariano, estuvo casado con una Larumbe y en los comienzos empleó la letrería de esta imprenta. Ejerció desde 1850 hasta su muerte, en 1878, y le sucedieron su viuda y sus hijos hasta 1896. Miembro de esta familia fue también Gregorio Castanera, que imprimió entre 1897 y 1907.

Uno de los mejores impresores del siglo fue Jacobo María Pérez tanto por el número de sus trabajos como por su buen hacer. Su taller tipográfico funcionó ininterrumpidamente entre 1856 y 1890.

Otras imprentas de menor entidad fueron las de José Iglesias, Placer Hermanos, la del Hospicio (fundada por la Diputación Provincial para imprimir el *Boletín de la Provincia*), la de Manuel Alcántara y la Tipografía de la Merced, de vida efímera, creada para publicar la revista de sermones *El Auxiliar del Púlpito*.

TERUEL

Hasta el siglo XIX, Teruel, que se sepa, no tuvo imprenta: el primer impreso del que se tiene constancia es el titulado *Ordenes y decretos expedidos por las Cortes y por el Gobierno, correspondientes al año 1822*, publicado por Manuel Muñoz en el mismo año. El siguiente tipógrafo establecido en la ciudad fue Luis Gimeno, que trabajó entre 1834 y 1838. Editó el *Boletín Oficial de la Provincia de Teruel* y algunos impresos poco relevantes para la Dipu-



Portada y grabado de la *Historia de Nuestra Señora del Espino ó de la Vega*, de Miguel Alegre y Garcés, impresa por Nicolás Zarzoso en Zaragoza en 1863 (Patrimonio Diocesano de la Iglesia)

tación Provincial, la Milicia Urbana y la Real Sociedad Económica turolense. Hacia 1839 se instaló Anselmo Zarazoso, primero de una familia de tipógrafos cuya actividad se extendió hasta 1901. Sigue una pléyade de impresores entre los que cabe destacar a Juan García, que ejerció entre 1841 y 1855; Pedro Pablo Vicente, cuyo taller funcionó de 1856 a 1864; José Alpuente, que publicó la célebre *Historia de Teruel*, de Cosme Blasco, y mantuvo la imprenta entre 1858 y 1871; Vicente Mallén, cuya actividad se extiende de 1862 a 1869, y que sacó a la luz *Historia de los Amantes de Teruel*, de Esteban Gabarda.

Las imprentas más importantes del XIX turolense fueron, sin duda, la de La Concordia y la de la Casa Provincial de la Beneficencia. La primera, que tomó su nombre de una publicación quincenal homónima, imprimió entre 1868 y 1891 varios periódicos, incluido el *Boletín Oficial de la Provincia de Teruel*, y un número considerable de monografías. La segunda desplegó su actividad entre 1876 y 1912; editó, además de publicaciones oficiales del Ayuntamiento, la Diputación Provincial y otras entidades, monografías de índole histórica o literaria y periódicos.

LAS IMPRENTAS LOCALES

Calatayud y Tarazona son los principales núcleos con actividad impresora durante el siglo XIX en la provincia de Zaragoza.

Calatayud contó con las imprentas de Celestino Coma —quien publicó en 1845 *Glorias religiosas de la Ciudad de Calatayud y su antiguo partido*, de Mariano del Cos y Felipe— y la del Diario, con actividad entre 1877 y 1886.

En Tarazona, por su parte, destacan los talleres de Francisco Cubeles, Antonio Brasé y Armengol, Clemente Cano, Tipografía Matías López de Porras y Tipografía de F. Ferrández y Compañía.

En la provincia de Huesca despunta la imprenta de Barbastro. Entre 1815 y 1850, el tipógrafo con más obra documentada —casi toda, de carácter religioso— es Isidro España. José Gimeno y Ostalé trabajó en 1863 y publicó *Memoria sobre las aguas minerales de la villa de Estadilla*. Bajo las prensas de Jesús Corrales salió en 1895 *En el Pilar de Zaragoza*, pieza escrita por Honorato de la Saleta.

Efímeras son las imprentas de Jaca, Fonz y Tamarite de Litera. En la primera editó Carlos Quintilla un novenario a Santa Orosia en 1879; y Rufino Abad, un par de *Cartas Pastorales* en 1897. Fonz tuvo imprenta entre 1868 y 1881. El taller se llamaba Establecimiento Tipográfico de Moner, y en él se estamparon obras de Joaquín Moner y Siscar. En Tamarite de Litera se imprimió en 1869 el periódico *La Voz de la Litera*.

Por lo que respecta a la provincia de Teruel, Híjar fue el primer lugar elegido tanto por Ulpiano Huerta como por Manuel Delgado para establecerse. El primero lo hizo en

1854 y le siguió Delgado en 1881. Sin embargo, la estancia de ambos fue efímera, ya que muy pronto se trasladaron a Alcañiz.

La imprenta alcañizana fue la más importante de esta provincia. Comenzó su andadura en 1855 de la mano de Ulpiano Huerta, cuyo taller funcionó hasta 1867. Vicente Esteban fue el siguiente impresor establecido en esta ciudad, entre 1878 y 1896. La oficina de Manuel Delgado apareció en 1886 y se mantuvo hasta la primera mitad del siglo XX. Hubo también una imprenta volante en la zona del Maestrazgo durante la primera Guerra Carlista, que publicó un boletín.

Durante el último tercio del siglo XIX, Valdebrobes tuvo una imprenta en la que se tiraron los periódicos *El Matarraña*, *La Algarabía* y *El Eco del Matarraña*.

Portada del Espiritual novenario a la gloriosa reina, virgen y mártir Santa Orosia, insigne patrona de las montañas de Jaca, de Orencio Bergua, impreso por Carlos Quintilla en Jaca en 1879 (Patrimonio Diocesano de la Iglesia)



LA IMPRENTA EN NUESTROS DÍAS



Los talleres de impresión en el siglo XX se extendieron por todo el territorio aragonés, a diferencia de lo ocurrido en tiempos anteriores, en que fue difícil mantener oficinas estables fuera de Zaragoza. Este proceso ha coincidido con la polarización del negocio editorial nacional en Madrid y Barcelona. Además de ciudades como Calatayud, Huesca (Leandro Pérez, Gambón y Justo Martínez), Barbastro, Jaca, Alcañiz o Teruel (Arsenio Perruca), ya con tradición en esta industria, cualquier población con cierta entidad ha pasado a contar con oficinas en las que se publica todo tipo de impresos. Como en otros sectores, Zaragoza agrupa el mayor volumen productivo.

En la actualidad, en la división industrial las actividades de impresión están comprendidas en el sector de la fabricación de papel y cartón, imprenta, artes gráficas y edición sobre soportes diversos. El valor añadido generado por la rama en 1997 en la Comunidad aragonesa se estima en más de 40.000 millones. De las 562 empresas en activo, que proporcionan más de 6.500 empleos, 451 se localizan en Zaragoza, 30 en Teruel y 81 en Huesca; algunas representativas son Heraldo de Aragón, S. A., Octavio y Félez, Edelvives, Cometa, INO Reproducciones, ARPI, Gráficas San Francisco, Gráficas Jalón, RM, Gráficas Alós o Perruca.

La evolución de las técnicas

El precedente inmediato de la imprenta fueron las xilografías: un texto o una imagen eran reproducidos al ser estampada una superficie (preferiblemente, papel) sobre una plancha de madera grabada en relieve.

El nuevo arte tipográfico, que iba a aprovechar del método citado el uso de la prensa, se basó en la utilización de tipos metálicos móviles, sistema mucho más operativo que el de las planchas, ya que permitía a los artesanos componer textos nuevos con el mismo material después de cada impresión. Una serie de operaciones de fundición, en las que intervenían punzones, matrices, moldes y aleaciones de metales, permitía a los impresores hacerse con el material básico para realizar sus obras.

Un grabador realizaba un punzón, una espiga de acero en cuyo extremo había grabado una letra en relieve; con éste abría huecos a golpes en un trozo de cobre, con lo que lograba las matrices. Aquí se vaciaba la aleación de estaño, antimonio y plomo, extrayendo de cada una una barrita en cuyo extremo sobresalía, invertido, el “ojo” (letra, cifra o signo de puntuación); esta parte es la que sería impregnada de tinta para que entrara en contacto con el papel. Con los tipos sueltos se tenían que componer las palabras, líneas y planas, lo que ocupaba gran parte del tiempo de los trabajadores de los talleres. Este sistema perduró durante siglos.

A principios del siglo XIX, el alemán Federico Koenig substituyó las lentas prensas de cuadro por una máquina con carro, cilindros de presión y rodillos entintadores.

A finales de ese mismo siglo, un emigrante alemán en Estados Unidos, Ottmar Mergenthaler, halló un método más rápido para realizar la composición tipográfica; inventó una máquina, la linotipia, que hacía correr las matrices por medio de aire comprimido. El aparato fundía las líneas completas en bloques sólidos y resolvía mecánicamente, de ese modo, el difícil problema de la justificación, o sea, el espaciado entre las palabras en una línea de matrices reunidas, mediante un sistema de espaciadores automáticos en forma de cuñas. Los avances aplicados sobre la linotipia para aumentar y perfeccionar su rendimiento han sido la base de la tipografía moderna.

Paralelamente, se desarrollaban nuevas técnicas de impresión: el sistema directo, por el que la plancha entintada entraba en contacto con el papel, fue sustituido por el *offset*: este método, vinculado a los progresos realizados en las tareas de preimpresión, que dieron origen a la fotocomposición, posibilitó, entre otras mejoras, la impresión por cuatricromía. La palabra *offset*, que significa calco o impresión indirecta, hace referencia al hecho de que las planchas entintan un rodillo de caucho que es el que estampa el papel.

En la actualidad, la aplicación de los avances informáticos en la composición y maquetación de los originales para imprenta ha supuesto un verdadero revulsivo para las empresas de artes gráficas; paradójicamente, quizás sean los que acaben dando la vuelta a la producción, ya que la creación de nuevos soportes para la lectura en ordenadores ha hecho que se ponga en cuestión el futuro de la letra impresa sobre papel.

Una revista del gremio de impresores

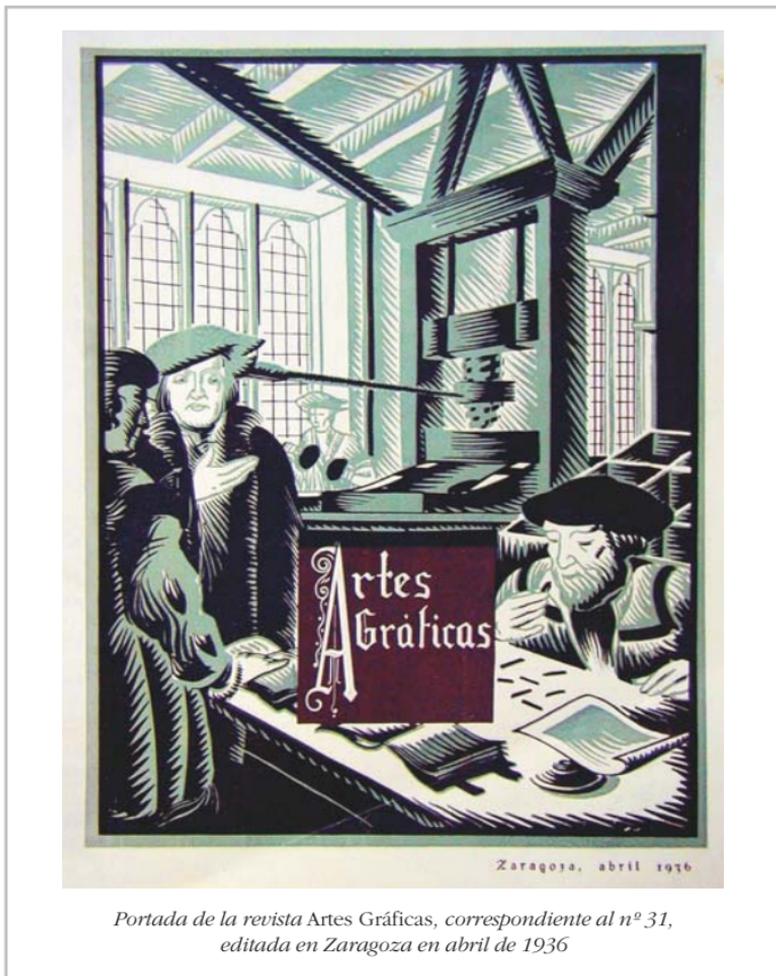
La revista profesional *Artes Gráficas*, de periodicidad mensual, fue una iniciativa editorial de la Sociedad Patronal de las Artes Gráficas en Zaragoza, que surgió en octubre de 1933.

Una cuidada impresión en papel de calidad y unos artículos de alta divulgación fueron características de la nueva revista, en la que tenía cabida un nutrido número de anuncios profesionales. Cualquier historia de la imprenta contemporánea en Aragón debe tener muy en cuenta los números de *Artes Gráficas*, ya que en sus páginas se asoma todo el activo sector editorial zaragozano del momento.

Los ensayos no siempre versaban sobre artes gráficas, pero la mayoría estaba relacionada con contenidos afines: tanto los temas técnicos como los últimos avances documentales sobre bibliografía aragonesa, que se publicaban en revistas científicas, aparecían en sus números.

Firmas como las de Juan Moneva y Puyol, Francisco Izquierdo Trol, Andrés Giménez Soler o Manuel Serrano y Sanz pasaron por sus páginas y les dieron brillo; aunque también escribieron obreros tipógrafos y profesionales en cuyos artículos se trasluce la convicción de la utilidad de su labor en la cosa pública.

El número 34 de *Artes Gráficas* salió en julio de 1936, y el 35, al mes siguiente; aquella revista —la última— ya apareció censurada en varias de sus secciones. Acababa de empezar la Guerra Civil.



*Portada de la revista Artes Gráficas, correspondiente al nº 31,
editada en Zaragoza en abril de 1936*

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA



- ACÍN FANLO, J. L. y MURILLO LÓPEZ, P. (directores): *Joaquín Ibarra y Marín, impresor, 1725-1785*. Zaragoza, DGA e Ibercaja, 1993.
- ASÍN REMÍREZ DE ESPARZA, Francisco: «Los primeros pasos de la imprenta en Huesca: la formación de una imprenta universitaria», en *Mundo del Libro Antiguo*. Madrid, Editorial Complutense, 1996, pp. 101-118.
- BORAO Y CLEMENTE, Jerónimo: *La imprenta en Zaragoza, con noticias preliminares sobre la imprenta en general*. Zaragoza, Ibercaja, 1995 (edición facsimilar de la de 1860 a cargo de Vicente Martínez Tejero).
- GARCÍA GUATAS, Manuel: «La imprenta y las artes gráficas en Barbastro», en *Somontano*, 2, 1991, pp. 137-173.
- HERRANZ ALFARO, Natividad: *La Cofradía de San Jerónimo de librereros y la cultura del libro en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XVII*. Tesis doctoral inédita.
- JIMÉNEZ CATALÁN, Manuel: *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVII*. Zaragoza, Tipografía “La Académica”, 1925.
- , *Ensayo de una tipografía zaragozana del siglo XVIII*. Zaragoza, Tipografía “La Académica”, 1929.
- LYELL, James P. R.: *La ilustración del libro antiguo en España*. Edición, prólogo y notas de Julián Martín Abad. Madrid, Ollero & Ramos, 1997 (1ª edición de 1926).

- MORENO GAJATE, M^a Cruz y VELASCO DE LA PEÑA, Esperanza: «La edición cesaraugustana de *Artium Cursus*, anotada por fray Clemente Langa: fuentes documentales y bibliografía material», en *Aragonia Sacra XIII*, 1998, pp. 149-158.
- NORTON, Frederick John: *La imprenta en España: 1501-1520*. (Ed. anotada y ampliada por J. Martín Abad.) Madrid, Ollero & Ramos, 1997 (1^a edición de 1966).
- PALLARÉS JIMÉNEZ, Miguel Ángel: *La Cárcel de amor de Diego de San Pedro, impresa en Zaragoza el 3 de junio de 1493: membrana disjecta de una edición desconocida*. Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1994.
- , «Daniel Sisón, maestro mayor del Estudio Montisonense, y las gramáticas impresas en Zaragoza en el siglo XV: noticia de una edición desconocida», en *Cuadernos*, n^o 22. Monzón, CEHIMO, 1995, pp. 125-162.
- , «La imprenta en Zaragoza durante el reinado de Fernando el Católico», en *Fernando II de Aragón, el Rey Católico*. Zaragoza, IFC, 1996, pp. 379-409.
- , «La *Crónica de Aragón*, de Gauberto Fabricio de Vagad, una cuestión de estado. Sobre el encargo para ser redactada y de los problemas para ser impresa», en *Humanismo y literatura en tiempos de Juan del Encina (Salamanca, diciembre de 1996)*. Salamanca, Universidad, pp. 409-422.
- PEDRAZA GRACIA, Manuel José: *La imprenta de Gabriel de Híjar (Zaragoza, 1576)*. Zaragoza, IFC, 1991.
- , *La producción y distribución del libro en Zaragoza. 1501/1521*. Zaragoza, IFC, 1997.

PEIRÓ ARROYO, Antonio: *Bibliografía turolense: libros impresos en la provincia de Teruel (1482-1950)*. Teruel, IET, 1982.

RUIZ LASALA, Inocencio: *Bibliografía zaragozana del siglo XIX*. Zaragoza, IFC, 1977.

—*Bibliografía zaragozana del siglo XIX. Apéndice*. Zaragoza, DGA, 1987.

SAN VICENTE PINO, Ángel: *Tiento sobre la música en el espacio tipográfico de Zaragoza anterior al siglo XX*. Zaragoza, IFC, 1986.

—«Si él toviere el papel que hai en Venecia», en *Un año en la historia de Aragón: 1492*. Zaragoza, CAI, 1992, pp. 435-446.

—«El universo del libro en la ciudad de Zaragoza durante el reinado de Felipe II», en *Mundo del Libro Antiguo*. Madrid, Ed. Complutense, 1996, pp. 11-25.

SÁNCHEZ, Juan Manuel: *Bibliografía zaragozana del siglo XV*. Madrid, Imprenta Alemana, 1908.

—*Bibliografía aragonesa del siglo XVI*. Madrid, Imprenta Clásica Española, 1913-1914.

VELASCO DE LA PEÑA, Esperanza: *Impresores y libreros en Zaragoza: 1600-1650*. Zaragoza, IFC, 1998.

—«Pedro Jerónimo Sánchez de Lizarazo y el origen de la imprenta en Tarazona», *Turiaso XIV*, 1997-1998, pp. 133-161.

VINDEL, Francisco: *El arte tipográfico en España durante el siglo XV: IV. Zaragoza*. Madrid, Dirección General de Relaciones Culturales, 1949.

En vísperas del tercer milenio,
en la estación muerta en que los lobos viven del viento,
como dijera François Villon,
fue acabado este libro
en la insigne y noble ciudad de Zaragoza.
LAUS DEO





56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M^a Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte

79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque y C. Aibar
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M^a Jesús Lacarra
88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M^a Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M^a A. Martín Zorraquino y José M^a Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco



95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
96. **Los Pirineos** • Equipo de Redacción CAI100
97. **Los celtas** • Álvaro Capalvo
98. **Ingenios, máquinas y navegación en el Renacimiento** • Equipo de Redacción CAI100
99. **Breviario de historia de Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
100. **La Corona de Aragón** • Esteban Sarasa